

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Director: JOSE RESTREPO POSADA Pbro.

Año XLVIII

Números

9, 10, 11 y 12



Números
del 762 al 765
Septiembre a
Diciembre
de 1954

CONTENIDO:

CURIA ROMANA

Carta Encíclica sobre la Virginitad	401
Epístola Encíclica sobre S. Bonifacio	420
Carta Apostólica sobre S. Agustín	432
Oración contra la Blasfemia	435
Discurso en la Pascua de 1954	436
En la Canonización de S. Pío X	438
El 31 de mayo	442
En la Canonización del 12 de junio	444
Radiomensaje a Lisieux	450
En honor de S. Gregorio VII	452
A los fieles de Bretaña	456
En el Cincuentenario de las Casas Populares	458
Al Congreso de Radiología	461
A los niños	463
A las Hijas de María	466
Carta al Arzobispo de Salerno	469
Al Congreso Mariano de la Argentina	470
A los Institutos de enseñanza	471
A la Semana Social de Francia	474
Bula de Erección de la Arquidiócesis de Manizales	478
Bula de la división de la Prefectura de Tumaco	481
Sagrada Congregación Consistorial Límites de Cali y Popayán	483
Límites de Jerico y de Quibdó	483
Sagrada Congregación del Concilio Carta sobre la modestia	484
Carta sobre la importancia del Párroco	487
Sagrada Congregación de Ritos Decreto sobre ornamento azul	488
Sagrada Congregación de Seminarios Sobre canto Religioso	489
Secretaría de Estado. Carta sobre canto Religioso	490
Carta sobre el Cine	492
Carta a los Sindicatos Cristianos	494
Carta sobre Prensa Católica	496
Cable con ocasión de la Misión Mariana	499

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Tarifa reducida en el Servicio Postal Interior. — Licencia N° 1.126

Año XLVIII — Septiembre, Diciembre de 1954. — Números 762, 763, 764, 765.

CONTENIDO:

(Conclusión)

	Págs.
<i>Sagrada Penitenciaría</i> Indulgencias al rosario en familia ..	499
<i>Comité Central del Año Santo.</i> Circulares ..	500
<i>Nunciatura Apostólica</i> Comunicados sobre Mons. Forno ..	501
Sobre nueva diócesis de Montería ..	501
ACTOS DEL EPISCOPADO COLOMBIANO	
Pastoral colectiva ..	503
Exposición de la Conferencia de Arzobispos ..	510
CURIA PRIMADA	
Pastoral del Embo. Señor Cardenal sobre San Agustín ..	515
Allocuciones Del 20 de mayo de 1954 ..	524
En la Apertura de la Misión ..	525
Al clausurar la gran misión ..	530
Para el día misional ..	534
Circulares Día del Seminario ..	539
Día Misional ..	540
Preparación al Congreso Mariano ..	543
Decretos. Causas de beatificación ..	546
Facultades durante la Misión ..	547
Límites de la Parroquia de Santa Helena ..	549
Sobre enfermeras y asistentes sociales ..	549
Edicto sobre los escritos de Monseñor Perdomo ..	551
Aviso sobre colecciones de La Iglesia ..	552
Cable al Arzobispo de Medellín ..	552
Advertencia sobre el Corpus ..	553
Aviso sobre Misas de Binación ..	554
Sobre funciones durante el Congreso Mariano ..	554
Vestiduras de los Prelados durante el Congreso ..	554
Nombramientos ..	556
Crónica ..	557
Programa de la Misión ..	558
Veredades Decreto del Gobierno sobre S. Pío X ..	562
Circular del Ministro de Gobierno sobre protestantismo ..	563
OBITUARIO. El Cardenal Schuster ..	563
El Cardenal Borgongini — Duca ..	565
El Cardenal Jorio ..	566
El Cardenal Bruno ..	568
Pbro. D. Jesús Vargas ..	567

CURIA ROMANA

CARTA ENCICLICA

de nuestro Santísimo Padre Pío, por la Divina Providencia Papa XII. a los Venerables Hermanos Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios de lugar, en paz y comunión con la Santa Sede Apostólica.

Sacra Virginitas

PIO XII

Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica:

La santa virginidad y la castidad perfecta consagrada al servicio divino, se cuenta sin duda entre los tesoros más preciosos dejados como herencia a la Iglesia por su Fundador.

Por eso los Santos Padres afirmaron que la virginidad perpetua es un bien excelso nacido de la religión cristiana. Y con razón notan que los paganos de la antigüedad no exigieron de las Vestales tal género de vida sino por un tiempo limitado (1), y si en el Antiguo Testamento se mandaba guardar y practicar la virginidad, era sólo como condición preliminar para el matrimonio (2). Añade S. Ambrosio (3): "leemos, sí, que también en el templo de Jerusalén hubo vírgenes. Pero ¿qué dice el Apóstol: "Todo esto les acontecía en figura (4) para que fuesen imágenes de las realizaciones futuras".

Ciertamente, ya desde la época de los Apóstoles vive y florece esta virtud en el jardín de la Iglesia. Cuando en los "Hechos de los Apóstoles" (5) se dice que las cuatro hijas del diácono Felipe eran vírgenes, se quiere significar más bien un estado de vida que la edad juvenil. Y no mucho después, S. Ignacio de Antioquía, al saludar a las vírgenes de Esmirna, refiere (6) que, a una con las viudas constituían una parte no pequeña de esta comunidad cristiana. En el siglo segundo —como atestigua S. Justino— "son muchos los hombres y mujeres educados en el cristianismo desde su infancia, que llegan completamente puros hasta los sesenta y los setenta años" (7). Poco acreció el número de hombres y mujeres que consagraban a Dios su castidad; y al mismo tiempo fue adquiriendo una importancia considerable el puesto que ocupaban en la Iglesia, como más ampliamente lo expusimos en nuestra Constitución Apostólica "Sponsa Christi" (8).

También los Santos Padres —como S. Cipriano, S. Atanasio, S. Am-

broso, S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo, S. Agustín y otros—, escribiendo sobre la virginidad, le dedicaron las mayores alabanzas. Esta doctrina de los Santos Padres, desarrollada al correr de los siglos por los Doctores de la Iglesia y por los Maestros de la ascética cristiana, contribuye mucho para suscitarse en los cristianos de ambos sexos el propósito de consagrarse a Dios en castidad perfecta y para confirmarlos en él hasta la muerte.

No se puede contar la multitud de almas que desde los comienzos de la Iglesia hasta nuestros días han ofrecido a Dios su castidad, unos conservando intacta su virginidad, otros consagrándole para siempre su viudez, después de la muerte del cónyuge, otros en fin, eligiendo una vida totalmente casta después de haber llorado sus pecados; mas todos conviniendo en el mismo propósito de abstenerse para siempre, por amor a Dios, de los deleites de la carne. Sirvan a todos estos las enseñanzas de los Santos Padres sobre la excelencia y el mérito de la virginidad, de estímulo, de sostén y de aliento para perseverar incommovibles en el sacrificio ofrecido y para no volver a tomar ni la más pequeña parte del holocausto ofrendado ante el altar de Dios.

Esta castidad perfecta es la materia de uno de los tres votos que constituyen el estado religioso (9); la misma se exige a los clérigos de la Iglesia latina para las órdenes mayores (10) y también a los miembros de los institutos seculares (11). Pero florece asimismo entre muchos que pertenecen al estado laical; ya que hay hombres y mujeres que, sin pertenecer a un estado público de perfección, han hecho el propósito o el voto privado de abstenerse completamente del matrimonio y de los deleites de la carne para servir más libremente al prójimo y para unirse más fiel e íntimamente con Dios.

A todos y cada uno de estos amadísimos hijos nuestros, que de algún modo han consagrado a Dios su cuerpo y su alma, nos dirigimos con corazón paterno, y los exhortamos con el mayor encarecimiento posible a mantenerse firmes en su santa resolución y a ponerla en práctica con diligencia.

No faltan hoy día quienes, apartándose en esta materia del recto camino, de tal manera exaltan el matrimonio, que llegan a anteponerlo prácticamente a la virginidad, y por consiguiente a menospreciar la castidad consagrada a Dios y el celibato eclesiástico. Por eso la conciencia de nuestro oficio apostólico nos impele hoy a declarar y sostener ante todo la doctrina de la excelencia de la virginidad y defender esta verdad católica contra tales errores

- I -

En primer lugar, debemos advertir que lo esencial de su doctrina sobre la virginidad, lo ha recibido la Iglesia de los mismos labios de su Divino Esposo.

Pareciendo a los discípulos muy pesados los vínculos y las obligaciones del matrimonio, que el Divino Maestro les manifiesta, le dijeron: "Si tal es la condición del hombre con respecto a su mujer, no tiene cuenta el casarse" (12). Y Jesús les respondió que no todos eran capaces de comprender esta palabra, sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido; porque algunos son inhábiles para el matrimonio por defecto físico de nacimiento, otros por violencia y malicia de los hombres, otros, en cambio, se abstienen de él espontáneamente y de propia voluntad, y eso "por amor del reino de los cielos". Y concluyó Nuestro Señor diciendo: "Quien sea capaz de tal doctrina que la siga" (13).

Con estas palabras el Divino Maestro no trata de los impedimentos físicos del matrimonio, sino de la resolución libre y voluntaria de abstenerse para siempre de él y de los placeres de la carne. Al comparar a los que renuncian

espontáneamente al matrimonio con los que se ven obligados a tal renuncia o por naturaleza o por la violación de los hombres ¿no es verdad que el Divino Redentor nos enseña que la castidad, para ser perfecta, tiene que ser perpetua?

Por otra parte —como los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia enseñan— la virginidad no es virtud cristiana sino cuando se guarda "por amor del reino de los cielos" (14), es decir, cuando abrazamos este estado de vida para poder más fácilmente entregarnos a las cosas divinas, alcanzar con mayor seguridad la eterna bienaventuranza, y finalmente dedicarnos con más libertad a la obra de conducir a otros al reino de los cielos.

No puede por tanto, reivindicar para sí el honorífico título de la virginidad cristiana los que se abstienen del matrimonio o por puro egoísmo o, como advierte S. Agustín (15), para eludir las cargas que él impone, o tal vez para jactarse farisaicamente de la propia integridad corporal. Por lo cual ya el Concilio de Cangres reprochaba que la virgen o el continente se apartasen del matrimonio por reputarlo abominable y no por la belleza y santidad de la virginidad (16).

Además, el Apóstol de las Gentes, inspirado por el Espíritu Santo, advierte: "El que no tiene mujer anda solícito de las cosas del Señor y en que ha de agradar a Dios... Y la mujer no casada y la virgen piensan en las cosas del Señor para ser santas en cuerpo y alma" (17). Este es, por lo tanto, el fin primordial y la razón principal de la virginidad cristiana: el tender únicamente hacia las cosas divinas, empleando en ellas almas y corazones, el querer agradar a Dios en todas las cosas, pensar sólo en Él, consagrarle totalmente cuerpo y alma.

De este modo interpretaron siempre los Santos Padres las palabras de Jesucristo y la doctrina del Apóstol de las Gentes: desde los primitivos tiempos de la Iglesia entendieron ellos la virginidad como una consagración del cuerpo y del alma a Dios. Así S. Cipriano exige de las vírgenes el que "ya no quieran adornarse ni agradar a nadie sino al Señor, puesto que se han consagrado a Cristo y, apartándose de las concupiscencias de la carne, se han entregado a Dios en cuerpo y alma" (18). El Obispo de Hipona va más adelante cuando afirma: "No es que se honre a la virginidad por ella misma, sino por estar consagrada a Dios... y no alabamos a las vírgenes porque lo son, sino por ser vírgenes consagradas a Dios por medio de una piadosa continencia" (19). Los príncipes de la Sagrada Teología, Santo Tomás de Aquino (20) y San Buenaventura (21) apoyados en la autoridad de S. Agustín, enseñan que la virginidad no goza de la firmeza propia de la virtud si no nace del voto de conservarla siempre intacta. Y sin duda los que más plena y perfectamente ponen en práctica la enseñanza de Cristo sobre la perpetua renuncia al matrimonio son los que se obligan con voto perpetuo a guardar continencia; ni se puede afirmar con fundamento que es mejor y más perfecta la resolución de los que quieren dejar una puerta abierta para poder volver atrás.

Este vínculo de perfecta castidad lo consideraron los Santos Padres como una especie de matrimonio espiritual, mediante el cual el alma se une con Cristo; y por eso algunos llegaron hasta a comparar con el adulterio la violación de esta promesa de fidelidad (22). San Atanasio escribe que la Iglesia Católica acostumbra llamar esposas de Cristo a quienes poseen la virtud de la virginidad (23). Y S. Ambrosio, escribiendo sobre la santa virginidad, se expresa con esta concisa frase: "Virgen es quien se desposa con Dios" (24). Más aún aparece en los escritos del mismo Doctor de Milán (25) en el rito de la consagración de las vírgenes ya en el siglo cuarto era muy semejante al que usa hoy la Iglesia en la bendición nupcial (26).

Por esta misma razón los Santos Padres exhortan a las vírgenes a amar a su Divino Esposo con más afecto que el que tendrían a su propio marido si estuviesen unidas en matrimonio, y a conformar sus pensamientos y actos a la voluntad de El (27). S. Agustín, dirigiéndose a ellas, escribe: Amad con todo vuestro corazón al más hermoso entre los hijos de los hombres: libre está para ellas vuestro corazón; desligado se halla de todo lazo conyugal... Si, pues caso de estar casadas, hubiérais de tener grande amor a vuestros maridos, cuánto más no deberéis amar a Aquel por quien habéis renunciado a tener marido? Quede clavado por entero en vuestro corazón el que por vosotras quiso estar clavado en una cruz" (28). Tales son, por lo demás, los sentimientos y propósitos que la Iglesia misma exige a las vírgenes en el día de su consagración a Dios, invitándolas a pronunciar estas palabras rituales: "He despreciado el reino del mundo y todo el ornato de este siglo por amor a Nuestro Señor Jesucristo, a Quien vi, de Quien me enamoré, en Quien puse mi confianza, a Quien quise talmente su cuerpo y su alma al Divino Redentor no es otra cosa sino el amor a con ternura" (29). Lo que mueve, pues, suavemente a la virgen a consagrar a El, como S. Metodio, Obispo de Olimpo, lo hace expresar hermosamente a una de ellas: "Tú ¡oh Cristo! eres para mí todas las cosas. Para Ti me conservo casto, y con la lámpara encendida voy a tu encuentro ¡oh Esposo!" (30). Si, el amor a Cristo es el que persuade a la virgen a encerrarse para siempre entre los muros de un monasterio para contemplar y amar libre y fácilmente a su Celestial Esposo; él es el que incita fuertemente a practicar con todas sus fuerzas, hasta su muerte, las obras de misericordia en servicio del prójimo.

De aquellos hombres "que no se mancillaron con mujeres, porque son vírgenes" (31), afirma el Apóstol S. Juan: "Estos siguen al Cordero dondequiera que va" (32). Pensemos en la exhortación que a todos éstos dirige S. Agustín: "Seguid al Cordero, porque es también virginal la carne del Cordero... Con razón lo seguís, dondequiera que vaya, con la virginidad de vuestro corazón y de vuestra carne. Pues ¿qué significa seguir si no imitar? Porque Cristo padeció por nosotros dándonos ejemplo, como dice el Apóstol S. Pedro, "para que sigamos sus pisadas" (33). Realmente todos estos discípulos y esposas de Cristo se han abrazado con la virginidad, según S. Buenaventura, "para conformarse con su Esposo Jesucristo, al cual hace asemejarse la virginidad" (34). A su encendido amor a Cristo no podía bastar la unión de afecto; era de todo punto necesario que ese amor se echase también de ver en la imitación de sus virtudes y, de manera particular, conformándose con su vida, toda la cual se empleó en el bien y salvación del género humano. Si, pues, los sacerdotes, si los religiosos, si, en una palabra, todos los que de alguna manera se han consagrado al servicio divino guardan castidad perfecta, es en definitiva porque su Divino Maestro fue virgen hasta el fin de su vida. Por eso exclama S. Fulgencio: "Este es el Unigénito Hijo de Dios, hijo unigénito también de la Virgen, único Esposo de todas las vírgenes consagradas, fruto, gloria y premio de la santa virginidad, a Quien la santa virginidad dió un cuerpo, con Quien espiritualmente se une en desposorio la santa virginidad, de Quien la santa virginidad recibe su fecundidad permaneciendo intacta, Quien la adorna para que sea siempre hermosa, Quien la corona para que reine en la gloria eternamente" (35).

Juzgamos oportuno, Venerables Hermanos, exponer más detenidamente por qué el amor de Cristo mueve a las almas generosas a renunciar al matrimonio, qué secreto vínculo une a la virginidad con la perfección de la caridad cristiana. Ya en las palabras de Jesucristo, que hemos citado más arriba, se indica que el abstenerse completamente del matrimonio desembaraza al hombre de pesadas cargas y graves obligaciones. Inspirado por el Divino Espíritu

el Apóstol de las gentes expone la causa de esta liberación con las siguientes palabras: "Yo deseo que viváis sin cuidados ni inquietudes... Mas el que tiene mujer anda afanado en las cosas del mundo y en cómo ha de agradar a la mujer, y se halla dividido" (36). En las cuales palabras hay que advertir que el Apóstol no condena el que los maridos se preocupen de sus esposas, ni reprende a las esposas por no procurar agradar a sus maridos; sino que más bien afirma que su corazón se halla dividido entre el amor al cónyuge y el amor a Dios, y que, en fuerza de las obligaciones del matrimonio se ven atormentados por cuidados que difícilmente les permiten darse a la meditación de las cosas de Dios. Pues el deber conyugal, a que están sometidos, es claro e imperioso: "Serán dos en una sola carne" (37). Tanto en las circunstancias tristes como en las alegres los esposos están mutuamente ligados (38). Fácilmente se comprende por qué los que desean consagrarse al divino servicio abrazan la vida de virginidad como una liberación para más plenamente servir a Dios y contribuir con todas sus fuerzas al bien de los prójimos. Para poner algunos ejemplos ¿de qué manera habrían podido aquel admirable heraldo de la verdad evangélica, S. Francisco Javier, o el misericordioso padre de los pobres, S. Vicente de Paúl, o S. Juan Bosco, educador asiduo de la juventud, o aquella incansable "madre de los emigrados", Sta. Francisca Javier Cabrini, sobrellevar tan grandes molestias y trabajos, si hubiesen tenido que atender a las necesidades corporales y espirituales de su cónyuge y de sus hijos?

Pero hay una razón más por la que abrazan la virginidad todos los que desean consagrarse enteramente a Dios y a la salvación del prójimo; y es la que traen los Santos Padres cuando tratan de los provechos que pueden alcanzar los que renuncian a estos deleites del cuerpo para poder gozar más cumplidamente de las elevaciones de la vida espiritual. No hay duda —como ellos claramente también lo dicen— que el tal placer, legítimo en el matrimonio, ha sido ennoblecido y consagrado con un sacramento especial. Con todo, hay que reconocer igualmente que las facultades inferiores de la naturaleza humana, después de la desdichada caída de Adán, resisten a la recta razón y a veces también impelen al hombre a lo que no es honesto. Porque como afirma el Doctor Angélico, el uso del matrimonio "impide que el alma se emplee totalmente en servicio de Dios" (39).

Para que los ministros sagrados adquieran esta espiritual libertad de cuerpo y de alma, y se desentiendan de negocios temporales, la Iglesia latina les exige que voluntariamente se obliguen a la castidad perfecta (40). "Y aunque esta ley —como lo afirmó nuestro predecesor, de inmortal memoria, Pío XI— no obliga de la misma manera a los sacerdotes de la Iglesia oriental, también en ellos es alabado el celibato eclesiástico, y en ciertos casos —sobre todo en los supremos grados de la jerarquía— está prescrito como requisito indispensable" (41).

Pero hay que advertir que los ministros sagrados se abstienen enteramente del matrimonio, no sólo porque se dedican al apostolado, sino también porque sirven al altar. Porque si ya los sacerdotes del Antiguo Testamento, durante el tiempo en que se ocupaban en el servicio del templo se abstenerían del uso del matrimonio, para no contraer como los demás impureza legal (42). ¿Cuánto más puesto en razón es que los ministros de Jesucristo, que diariamente ofrecen el Sacrificio Eucarístico, posean la perpetua castidad? Refiriéndose a esta perfecta continencia, amonesta S. Pedro Damiano a los sacerdotes con esta pregunta: "Si, pues, Nuestro Redentor de tal manera amó la flor de un pudor intacto, que no sólo quiso nacer de entrañas virginales, sino también estar encomendado a los cuidados de un padre putativo virgen.

y esto cuando párvulo aún lloraba en la cuna, ¿por quiénes, dime deseará que sea tratado su Cuerpo ahora que reina en la inmensidad de los cielos?" (43).

Es preciso, por tanto, afirmar —como claramente enseña la Iglesia— que la santa virginidad es más excelente que el matrimonio. Ya Nuestro Divino Redentor la había aconsejado a sus discípulos como instituto de vida más perfecta (44). y el Apóstol S. Pablo, al hablar del padre que da en matrimonio a su hija, dice: "Hace bien", pero enseguida añade: "Mas el que no la da en matrimonio obra mejor" (45). Y este mismo Apóstol, comparando el matrimonio con la virginidad, expresa su pensamiento más de una vez, y especialmente con estas palabras: "Me alegraría que fueseis todos tales como yo, mismo... Y digo a las personas no casadas y a las viudas: bueno les es, si así permanecen, como también permanezco yo" (46). Pues si, como llevamos dicho, la virginidad aventaja al matrimonio, esto se debe principalmente a que tiene por mira la consecución de un fin más excelente (47), y también a que de manera efficacísima ayuda a consagrarse enteramente al servicio divino; mientras que el que está impedido por los vínculos del matrimonio, en mayor o menor grado se encuentra "dividido" (48).

Y si miramos los abundantes frutos que de la virginidad provienen, brilla sin duda con mayor luz su excelencia: ya que "por el fruto se conoce el árbol" (49).

Cuando pensamos en la innumerable falange de vírgenes y apóstoles que desde los primeros tiempos de la Iglesia hasta nuestros días han renunciado al matrimonio para dedicarse con más facilidad y más enteramente a la salvación de los prójimos por amor a Cristo, y de esa suerte llevan adelante empresas admirables de religión y caridad, no podemos menos de sentir un intenso y suavisimo consuelo. Pues, sin querer, como es razón, quitar nada al mérito y los frutos apostólicos de los que, militando en las filas de Acción Católica, pueden con su actividad salvadora llegar a donde no raras veces no pueden los sacerdotes y los religiosos, no hay duda de que a estos últimos se debe la mayor parte de tales obras de caridad. Porque los sacerdotes y religiosos con ánimo generoso acompañan y guían la vida de los hombres sin distinción de edad o de condición; y cuando caen fatigados o enfermos legan como en herencia el encargo a otros, para que lo continúen. Así, no raras veces sucede que el niño, apenas nacido, es acogido por unas manos virginales sin que nada le falte de los cuidados que ni una madre podría prodigarle con mayor amor; y si es mayor y ha alcanzado el uso de la razón, se entrega a la educación de quienes lo instruyen en las enseñanzas de la doctrina cristiana, y le den la conveniente formación mental, y forjen debidamente su ingenio y su carácter; si uno cae enfermo, en seguida tiene quienes, impulsados por el amor de Cristo, se esfuerzan con solícitos cuidados y convenientes remedios por restablecer su salud; si pierde a sus padres, si se ve abatido por la falta de bienes temporales o por miserias espirituales, si es encarcelado, no le faltan el consuelo ni el socorro, porque los ministros sagrados, los religiosos y las vírgenes consagradas lo miran compadecidos como a un miembro enfermo del Cuerpo Místico de Jesucristo recordando las palabras de su Divino Redentor: "Porque Yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me visitasteis; encarcelado, y vinisteis a verme..." En verdad os digo; siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos conmigo lo hicisteis" (50). Y qué diremos en alabanza de los heraldos de la palabra divina, que lejos de su patria y soportando duros trabajos convierten a la fe cristiana a gran multitud de infieles? Y qué decir de las sagradas esposas de Cristo, que colaboran con ellos, prestándoles una ayu-

da valiosísima? A todos y a cada uno de éstos, gustosos les repetimos aquellas palabras que escribimos en nuestra Apostólica Exhortación "Menti Nostrae": "El sacerdote, por la ley del celibato, lejos de perder la prerrogativa de la paternidad, la aumenta inmensamente, como quiera que no engendra hijos para esta vida perecedera, sino para la que ha de durar eternamente" (51).

Por lo demás, la virginidad es fecunda no sólo por las empresas a que pueden dedicarse más completamente y con mayor facilidad los que la abrazan, sino también por la forma de caridad perfecta que ejercen para con los prójimos, es decir, por las encendidas súplicas que en favor de ellos elevan, y por las graves privaciones que espontánea y gustosamente abrazan con el mismo fin; ya que a eso han dedicado toda su vida los siervos de Dios y las esposas de Jesucristo, principalmente los que viven en los claustros.

Finalmente, la virginidad consagrada a Cristo es por sí misma un testimonio tal de fe en el reino de los cielos, y demuestra un amor tal a nuestro Divino Redentor, que no es de maravillar que produzca abundantes frutos de santidad. Las vírgenes y todos los que se dedican al apostolado y abrazan una castidad perfecta, que son en número casi incontable, hermosean a la Iglesia con la excelsa santidad de su vida. Porque la virginidad infunde en el ánimo una tal energía espiritual que lo impulsa aún hasta el martirio, si es necesario. Lo muestra abundantemente la historia, que propone a la admiración de todos tantas legiones de vírgenes, desde Inés de Roma hasta Maria Goretti.

Y no sin motivo la virginidad es llamada virtud angélica, como con toda razón afirma S. Cipriano dirigiéndose a las vírgenes: "Lo que hemos de ser todos, ya vosotros lo habéis empezado a ser. Tenéis ya en este mundo la gloria de la resurrección, y pasáis por el mundo sin contaminaros con su corrupción. Mientras os conserváis vírgenes y castas sois iguales a los Angeles de Dios" (52). Al alma que tiene sed de vida purísima y arde en deseos de alcanzar el reino de los cielos, la virginidad se le presenta como "la perla preciosa" por la que uno "vendió cuanto tenía, para comprarla" (53). Los mismos casados y aún los que están sumergidos en el cieno de los vicios, cuando vuelven su mirada a las vírgenes admiran no raras veces el esplendor de su cándida pureza, y sienten deseos de conseguir lo que supera al deleite de los sentidos. El motivo por el cual las vírgenes atraen a todos con su ejemplo es el que indica Santo Tomás de Aquino, cuando escribe: "A la virginidad se atribuye una excelentísima hermosura" (54). Por otra parte, todos esos hombres y mujeres que guardan castidad perfecta ¿acaso no muestran con ello que esta señoría que tienen sobre los movimientos del cuerpo es un efecto del divino auxilio y señal de una virtud sólida?

Es muy grato considerar particularmente el fruto más dulce de la virginidad, a saber, que las vírgenes consagradas manifiestan a los ojos de todos la virginidad de la Iglesia madre y la santidad de la íntima unión de ellas mismas con Cristo. Las palabras que usa el Pontífice en el sagrado rito de la consagración de las vírgenes y las oraciones que eleva a Dios, eso es lo que saviamente indican: "A fin de que existan almas excelsas, que en la unión del varón y la mujer desdénen la realidad carnal y amen su virtud escondida, y no quieran imitar lo que se realiza en el matrimonio, sino amar lo que el matrimonio significa" (55).

Grande gloria de las vírgenes es, sin duda alguna, el ser imágenes vivientes de aquella perfecta integridad que une a la Iglesia con su Divino Esposo; y el ser ellas una muestra admirable de la floreciente santidad y de la fecundidad espiritual que reina en la sociedad fundada por Jesucristo es mo-

tivo del mayor gozo para esta misma sociedad. A este propósito dice muy bien S. Cipriano: "Son, en efecto, flor que brota de los gérmenes de la Iglesia; son ornato y esplendor de la gracia espiritual, alegría de la naturaleza, obra perfecta e incorrupta de loor y gloria, imagen divina en que reverbera la santidad del Señor, porción la más ilustre del rebaño de Cristo. Gózase en ellas la Iglesia, y en ellas florece exuberante su gloriosa fecundidad; de modo que cuanto más numeroso sea el coro de vírgenes, tanto más crece la alegría de la madre" (56).

— II —

Esta doctrina, que establece las ventajas y excelencias de la virginidad y del celibato sobre el matrimonio, fue puesta de manifiesto, como lo llevamos dicho, por Nuestro Divino Redentor y por el Apóstol de las Gentes; y asimismo en el santo Concilio Tridentino (57) fue solemnemente definida como dogma de fe divina, y declarada siempre por unánime sentir de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. Además así nuestros antecesores como también Nos, siempre que se ha ofrecido la ocasión, una y otra vez le hemos explicado y con gran empeño recomendamos. Sin embargo, puesto que no han faltado recientemente algunos que han atacado, no sin grave peligro y detrimento de los fieles esta misma doctrina tradicional en la Iglesia, Nos, por deber de conciencia, hemos creído oportuno volver sobre el asunto en esta Encíclica y de senmascarar y condenar los errores que con frecuencia se presentan encubiertos bajo la apariencia de verdad.

En primer lugar, sin duda alguna se separan del común sentir de las personas honradas, sentir que la Iglesia siempre ha tenido en gran estima, quienes consideran el instinto sexual como la tendencia principal y mayor del organismo humano, para deducir de allí que el hombre no puede cohibir durante toda su vida este apetito sin exponerse al grave peligro de perturbar las energías vitales de su cuerpo y principalmente los nervios y de dañar el equilibrio de su personalidad.

Como muy atinadamente advierte Sto. Tomás, la tendencia que en nosotros está más profunda es la que mira a la conservación propia; la inclinación que brota de las potencias sexuales ocupa el segundo lugar. Y, a la iniciativa y dirección de la razón humana, que es privilegio singular de nuestra naturaleza, pertenece regular esta clase de estímulos e instintos íntimos y ennoblecerlos con acertada dirección (58).

Desgraciadamente es verdad que nuestras potencias corporales y nuestras pasiones perturbadas por el primer pecado de Adán, no sólo intentan dominar los sentidos, sino también el alma, entenebreciendo la inteligencia y debilitando la voluntad. Pero la gracia de Jesucristo se nos da, en los sacramentos principalmente para que, viviendo la vida del espíritu, reduzcamos el cuerpo a servidumbre (59). La virtud de la castidad no nos exige que no sintamos el aguijón de la concupiscencia, sino más bien que la sujetemos a la recta razón y a la ley de la gracia, tendiendo denodadamente a lo que es más noble en la vida humana y cristiana.

Para lograr perfectamente este imperio del espíritu sobre los sentidos del cuerpo no basta abstenerse solamente de los actos directamente contrarios a la castidad, sino que es completamente necesario renunciar gustosa y generosamente a todo lo que pueda ser más o menos remotamente adverso a esta virtud; porque así el alma podrá reinar plenamente en el cuerpo y desarrollar su vida espiritual con paz y libertad. Quién hay, pues, entre los que

admiten los principios de la religión católica, que no vea que la castidad perfecta y la virginidad, lejos de oponerse al crecimiento natural y al natural desarrollo del hombre o de la mujer, lo acrecientan y ennoblecen en sumo grado?

Recientemente condenamos con tristeza la opinión de los que llegan a aseverar que sólo el matrimonio es capaz de dar a la personalidad humana su natural desarrollo y su debida perfección (60). Afirman algunos que la divina gracia, dada "ex opere operato" en el sacramento, de tal manera santifica el uso del matrimonio, que lo convierte en un instrumento para unir a las almas con Dios más eficaz que la misma virginidad, ya que el matrimonio cristiano es un sacramento, y la virginidad no lo es. Esta doctrina la denunciaremos como falsa y dañosa. Si; el sacramento del matrimonio da a los esposos gracia divina para cumplir santamente los deberes conyugales, y estrecha los lazos del amor mutuo con que ambos están unidos; pero no ha sido establecido para convertir el uso matrimonial en el medio de suyo más apto para unir las almas de los esposos con el mismo Dios mediante el vínculo de la caridad (61). ¿No reconoce más bien el Apóstol S. Pablo a los esposos el derecho de abstenerse temporalmente del uso del matrimonio para darse a la oración (62)., precisamente porque esta abstinencia hace que el alma se sienta más libre para entregarse a las cosas celestiales y para orar?

Finalmente, no se puede asegurar —como algunos lo hacen— que la "ayuda mutua" (63). que los esposos buscan en el matrimonio cristiano es un medio de santidad más perfecto que la "soledad del corazón" de las vírgenes y los célibes. Si bien cuantos profesan la perfecta castidad han renunciado a este amor humano, no por eso se puede afirmar que por efecto de esa renuncia hayan rebajado y despojado en alguna manera su personalidad humana, porque del mismo Dadqr de dones celestiales reciben un auxilio espiritual que sobrepaja con creces "la ayuda mutua" que los esposos reciprocamente se procuran. Consagrándose totalmente a El, que es su principio y les comunica su vida divina, no se empequeñecen, sino que se engrandecen sobremanera. Quién puede con más verdad que cuantos son vírgenes apropiarse aquel dicho del Apóstol S. Pablo: "Y ya no vivo yo: es Cristo Quien vive en mí" (64).

Por esta razón sabiamente piensa la Iglesia que hay que conservar el celibato de los sacerdotes pues sabe que es y será fuente de gracias espirituales, que los unirá cada vez más estrechamente con Dios.

Nos parece conveniente mencionar aquí brevemente el error de quienes, para apartar a los jóvenes de los Seminarios y a las jóvenes de los Institutos religiosos, se esfuerzan por grabar en sus inteligencias la idea de que hoy la Iglesia tiene más necesidad de la ayuda y del testimonio de vida cristiana de los casados que viven en el siglo mezclados con los demás, que de sacerdotes y de vírgenes consagradas, que por el voto de castidad se han apartado en cierto modo de la sociedad humana. Semejante opinión, Venerables Hermanos, es a todas luces falsísima y muy perniciosa.

Ciertamente, no es nuestro propósito decir que los esposos católicos, dando ejemplo de vida cristiana, dondequiera que vivan y en cualquiera circunstancias en que se hallen, no puedan producir abundantes y saludables frutos con el ejemplo de su virtud. Pero el que por esta razón aconseja preferir el matrimonio a la vida consagrada totalmente a Dios, sin duda invierte y trastorna el recto orden de las cosas. A la verdad, Venerables Hermanos, grandemente deseamos que se enseñe convenientemente a quienes han contraído matrimonio o piensen contraerlo, el grave deber que les incumbe, no sólo de educar bien y diligentemente a los hijos que tienen o tendrán, sino también de

ayudar a los demás, según su posibilidad, con el testimonio de su fe y el ejemplo de su virtud. Pero, como lo exige la conciencia de nuestro deber, no podemos menos de condenar en absoluto a todos los que trabajen por apartar a los jóvenes del ingreso en el Seminario o en las Ordenes y Congregaciones Religiosas y de la emisión de los santos votos, y les den a entender que, siendo padres o madres de familia y profesando públicamente a la vista de todos una vida cristiana, podrán lograr un fruto espiritual mayor. Mejor y más cuerdamente obrarían tales personas exhortando a los casados con el mayor empeño posible a que cooperasen con sus talentos en las obras del apostolado señalando que no trabajando por alejar de la virginidad a los jóvenes, desgraciadamente hoy día no muy numerosos, que deseen consagrarse al divino servicio. A este propósito escribe muy bien S. Ambrosio: "Siempre ha sido propio de la gracia sacerdotal echar la simiente de la castidad y excitar el amor a la virginidad" (65).

También creemos que hay que advertir que es completamente falsa la afirmación de que los que profesan castidad perfecta dejan en cierto modo de pertenecer a la comunidad humana. Las vírgenes consagradas que consumen su vida sirviendo a los pobres y enfermos, sin distinción de raza, posición o religión ¿por ventura no se asocian íntimamente a sus desgracias y dolores, y se afectan tiernamente como si fuesen sus madres? Y asimismo el sacerdote, movido por el ejemplo de su Divino Maestro ¿no desempeña el oficio del buen pastor que conoce a sus ovejas y las llama por sus nombres? (66). Pues bien, precisamente gracias a la castidad perfecta que guardan estos sacerdotes y religiosas pueden dedicarse a todos y amar a todos por amor a Cristo. Y aún los que llevan vida contemplativa, dado que ofrecen a Dios por la salvación de los prójimos, no sólo sus oraciones y súplicas, sino su propia inmolación, ciertamente contribuyen poderosamente al bien de la Iglesia; es más: puesto que, conforme a las normas que en la Carta Apostólica "Sponsa Christi" (67) damos, en las actuales circunstancias trabajan en obras de apostolado y caridad, aún por esta razón deben ser en gran manera dignos de alabanza; y no pueden ser considerados como extraños a la sociedad humana quienes colaboran de esta doble manera al bien espiritual de la misma.

— III —

Pasemos Venerables Hermanos, a las consecuencias que de esta doctrina de la Iglesia acerca de la excelencia de la virginidad se deduce para la vida práctica.

Ante todo se debe declarar abiertamente que, de que la virginidad sea más perfecta que el matrimonio no se sigue que sea necesaria para alcanzar la perfección cristiana. Puede haber, ciertamente, santidad de vida sin consagrar su castidad a Dios, como lo atestiguan numerosos santos y santas que la Iglesia honra con culto público y que fueron fieles esposos y brillaron ejemplarmente como excelentes padres o madres de familia; más aún: no es raro hallar personas casadas que buscan ardientemente la perfección cristiana.

También se ha de advertir que Dios no impone a todos los cristianos la virginidad, según enseña el Apóstol S. Pablo en estas palabras: "En orden a las vírgenes, yo no tengo precepto del Señor; sino que doy consejo" (68). Por lo tanto, un consejo es lo que nos mueve a abrazar la castidad perfecta, por ser un medio capaz de conducir con mayor seguridad y facilidad, "a quienes les ha sido concedido" (69), a alcanzar el término de sus anhelos, la perfección

evangélica y el reino de los cielos; por lo cual, como bien nota S. Ambrosio, la castidad "se propone, no se impone" (70).

Por esta razón, la castidad perfecta exige, por una parte, que el cristiano, antes de ofrecerse y consagrarse totalmente a Dios, la desee libremente; y por otra parte, que Dios le comunique desde arriba su dón y su gracia (71). El mismo Divino Redentor nos previno en esta materia con las siguientes palabras: "No todos son capaces de esta resolución, sino aquellos a quienes se les ha concedido... El que sea capaz de tal doctrina, que la siga" (72). S. Jerónimo, considerando atentamente esta sentencia de Jesucristo, exhorta "a cada uno a examinar sus fuerzas, para ver si podrá cumplir los preceptos tocantes a la virginidad y a la pureza. Pues la castidad por su naturaleza es agradable y a todos atrae. Pero hay que medir las fuerzas, para que el que pueda comprender comprenda. Es como la voz del Señor que exhorta e invita a sus soldados al premio de la castidad. Quien pueda comprender, comprenda; el que pueda combatir, que combata, venza y triunfe" (73).

La virginidad es una virtud difícil: para alcanzarla no basta un firme y expreso propósito de renunciar absoluta y perpetuamente a los deleites legítimos del matrimonio; es además necesario refrenar y moderar los rebeldes movimientos del cuerpo y del corazón con una continua y vigilante lucha; huir los atractivos del mundo y superar los asaltos del demonio. ¡Cuán verdaderas son las palabras del Crisóstomo: "La raíz y los frutos de la virginidad son una vida crucificada"! (74). La virginidad según S. Ambrosio, es como un sacrificio; y la virgen es "hostia de pureza y víctima de castidad" (75). Mas aún: S. Metodio, Obispo de Olimpo, compara a quienes son vírgenes con los mártires (76); y S. Gregorio Magno enseña que la castidad perfecta sustituye al matrimonio: "Aunque falta la persecución, nuestra paz tiene su martirio: porque si no ofrecemos nuestro cuello al hierro, damos muerte con la espada del espíritu a los deseos carnales en nuestra alma" (77). Por tanto, la castidad consagrada a Dios exige almas fuertes y nobles, preparadas a luchar y vencer "por el reino de los cielos" (78).

Por consiguiente, todo el que emprenda este camino difícil, si por experiencia se siente demasiado débil en este punto, oiga con humildad el consejo del Apóstol S. Pablo: "Si no tienen el dón de la continencia, cáense. Pues más vale casarse que abrasarse" (79). Para muchos efectivamente, la continencia perpetua sería un peso demasiado grave, y no se les puede aconsejar. Los sacerdotes que tienen el cargo importante de ayudar con sus consejos a aquellos jóvenes que sienten inclinación hacia el sacerdocio o a la vida religiosa, deben exhortarles a pensarlo con madura consideración, y no se metan por un camino que no tengan fundada experiencia de poder recorrer hasta el fin con seguridad y éxito feliz. Examinen prudentemente, la capacidad del joven, y oigan cuando lo estimen oportuno el parecer de los peritos. Y si todavía queda alguna duda seria, sobre todo por la experiencia de la vida pasada, interponga su autoridad, para que desista de abrazar el estado de castidad perfecta o para que no sea admitido a las órdenes sagradas o a la profesión religiosa. Con todo, aunque la castidad consagrada a Dios sea una vida ardua, podrán observarla fiel y perfectamente todos los que, siguiendo la invitación de Jesucristo y después de diligente consideración, respondan con ánimo generoso y hagan cuanto esté en su mano por conseguirla. Porque, una vez que hayan abrazado el estado de virginidad o el celibato, recibirán gracia del Señor, y con su ayuda podrán poner en práctica su propósito. Por lo tanto, si se hallaren "quienes no sientan en sí este dón de la castidad (aunque de ella hayan hecho voto)" (80), no traten de hacer ver la imposibilidad de satisfacer sus

obligaciones en esta materia. "Porque Dios no manda cosas imposibles, sino que, al imponerlas, te enseña a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas (81), y a su ayuda para que puedas" (82). Recordemos esta consoladora verdad a aquellos cuya voluntad se halla debilitada por enfermedades nerviosas, y a quienes algunos médicos, aún católicos, persuaden con excesiva facilidad, y a quienes algunos médicos, bajo el especioso pretexto de que no pueden observar la castidad sin detrimento del equilibrio mental. ¡Cuánto más útil y oportuno sería ayudar a tales enfermos a robustecer su voluntad, y vencerlos de que ni aún a ellos es imposible la castidad, según la sentencia del Apóstol: "Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros" (83).

Los medios que el Divino Redentor nos recomendó para salvaguardia eficaz de nuestra virtud son la asidua vigilancia para hacer con diligencia cuanto esté en nuestra mano, y la oración constante para pedir a Dios lo que por nuestra debilidad no podemos alcanzar: "Velad y orad para que no caigáis en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca" (84).

Esta vigilancia en todos los momentos y en todas las circunstancias de nuestra vida nos es absolutamente necesaria. "Porque la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu las tiene contrarias a las de la carne" (85). Si alguno fuera indulgente, aun en cosas mínimas, a las seducciones del cuerpo, fácilmente se sentiría arrastrado hacia aquellas "obras de la carne" que el Apóstol enumera (86), y que son los vicios más torpes y repugnantes de los hombres.

Por esta razón es menester ante todo velar sobre los movimientos de las pasiones y de los sentidos, refrenarlos con una vida voluntariamente austera y con las penitencias corporales, para someternos a la recta razón y a la ley de Dios: "Los que son de Cristo tienen crucificada su carne con los vicios y las pasiones" (87). El mismo Apóstol de las Gentes confiesa de sí mismo: "castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, predicando a los demás, venga yo a ser reprobado" (88). Todos los santos velaron con empeño sobre los movimientos de sus sentidos y sus pasiones, y los refrenaron, a veces con violencia, según la palabra del Divino Maestro: "Yo os digo más: cualquiera que mire a una mujer con mal deseo hacia ella ya adulteró en su corazón. Que si tu ojo derecho está el perder uno de tus miembros, que no todo tu cuerpo sea arrojado al infierno" (89). Con esta advertencia, como es claro, nuestro Redentor pide ante todo de nosotros que no consintamos jamás en pecado, ni aun mentalmente, y que alejemos de nosotros con energía todo lo que puede manchar, aun levemente, esta hermosísima virtud. En esta materia toda diligencia es poca, ninguna severidad es excesiva. Si la salud débil u otras causas no permiten a alguien realizar grandes austeridades corporales, en ninguna manera le dispensan de la vigilancia y de la mortificación interna.

En este punto conviene, además, recordar lo que enseñan los Santos Padres (90) y los Doctores de la Iglesia (91); que más fácilmente podremos superar los atractivos del pecado y las seducciones de la pasión huyendo de ellos con todas nuestras fuerzas que combatiéndolos de frente. Para defender la castidad, según la expresión de San Jerónimo, es preferible la huida a la batalla en campo abierto: "Huyo para no ser vencido" (92). Consiste esta huida en evitar diligentemente la ocasión de pecar, y principalmente en elevar nuestra mente y nuestra alma a las cosas divinas durante las tentaciones, fijada

la vista en Aquel a quien hemos consagrado nuestra virginidad. "Contemplar la belleza de nuestro amante Esposo", nos aconseja San Agustín (93).

Esta huida y esta continua vigilancia para alejar de nosotros las ocasiones de pecar las han considerado siempre los santos como el mejor medio de luchar en esta materia; hoy día, sin embargo, no todos aceptan esta doctrina. Piensan algunos que todos los cristianos, y principalmente los ministros sagrados, no deben ser segregados del mundo, como en tiempos pasados, sino que deben estar "presentes en el mundo", y por tanto tienen que "enfrentar el riesgo" y poner a prueba su castidad, para que se manifieste si son o no capaces de resistir: "véanlo todo los jóvenes clérigos, para que se acostumbren a contemplar todo con ánimo sereno y se inmunicen contra cualquier género de turbaciones. Les conceden fácilmente que puedan sin sonrojo mirar todo lo que a sus ojos se ofrece, frecuentar espectáculos cinematográficos,

aún los prohibidos por la censura eclesiástica; ojear cualquiera revistas, aun obscenas, y leer las novelas puestas en el Índice o prohibidas por el mismo derecho natural. Y esto lo permiten con el pretexto de que hoy día son muchos los que se sacian de tales espectáculos y lecturas, y es necesario entender su manera de pensar y sentir para poderlos ayudar. Es fácil ver lo falso y desastroso de ese modo de educar al clero y prepararlo a conseguir la santidad propia de su misión. "El que ama el peligro, perecerá en él" (94); y viene aquí muy oportuno el consejo de San Agustín: "No me digáis que teneis el alma pura, si tenéis ojos impuros; porque el ojo impuro es mensajero de un corazón impuro" (95).

Sin duda, este funesto método se funda en una grave confusión. Porque Jesucristo Nuestro Señor afirmó, si, de sus Apóstoles: "Yo los he enviado al mundo" (96); pero antes había dicho de ellos mismos: "No son del mundo, como ni yo soy tampoco del mundo" (97), y a su Divino Padre había orado con estas palabras: "No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal" (98). La Iglesia que se apoya en tales principios, ha dado sabias y oportunas normas para alejar de los sacerdotes los peligrosos atractivos que fácilmente puedan influir en cuantos se hallan en medio del mundo (99); y procura por medio de ellas poner la santidad de la vida sacerdotal al abrigo de los cuidados y diversiones propias de los seglares.

Con mayor razón conviene apartar del tumulto mundano al clero joven, para formarlo en la vida espiritual y prepararlo a alcanzar la perfección sacerdotal o religiosa, antes que entre en el combate. Manténgasele en los seminarios o estudiantes largo espacio de tiempo, y reciba una formación diligente; poco a poco y con prudencia se le vaya iniciando en los problemas de nuestro tiempo, según las normas que Nos hemos prescrito en la exhortación apostólica "Menti Nostrae" (100). ¿Qué jardinero expondrá jamás a las tempestades una planta de valor, pero aún tierna, para probar una robustez que todavía no posee? Los seminaristas y los jóvenes religiosos deben ser tratados como plantas tiernas y delicadas, que aún hay que proteger y preparar gradualmente para la resistencia y la lucha.

Los educadores de la juventud clerical harían obra mejor y más útil inculcando en las almas de los jóvenes los principios del pudor cristiano, que tanto ayuda para conservar incólume la virginidad y que bien puede llamarse la prudencia de la castidad. El pudor adivina el peligro, biende ponerse en él, y hace evitar las ocasiones a que algunos menos prudentes se exponen. El pudor no gusta de palabras torpes o menos honestas, y aborrece aún la más leve inmodestia; evita la familiaridad sospechosa con personas de otro sexo,

infundiendo en el ánimo la debida reverencia al cuerpo que es miembro de Cristo (101) y templo del Espíritu Santo (102). Quien posee el pudor cristiano tiene horror a cualquier pecado de impureza, y se retira apenas siente despertarse la seducción.

Además, el pudor sugiere y suministra a los padres y educadores expresiones aptas para instruir las conciencias de los jóvenes en la castidad. "Por lo cual —como lo advertimos no hace mucho en una alocución— tal recato no se ha de entender de manera que equivale a un absoluto silencio, hasta excluir en la formación moral aun el modo reservado y prudente de hablar (103). Sin embargo, en nuestros tiempos algunos maestros y educadores, más veces de lo que fuera menester, han creído ser oficio suyo iniciar a niños inocentes en los secretos de la procreación de un modo que ofende su pudor. En este asunto conviene usar la justa medida y moderación que exige el pudor cristiano.

El pudor se alimenta del temor de Dios, ese temor filial basado en una profunda humildad cristiana, que nos hace huir con diligencia de todo pecado. Ya lo afirmaba nuestro predecesor San Clemente I con estas palabras: "El que es casto en el cuerpo no se vanaglorie, porque otro es Quien le da el don de la continencia" (104). Cuán importante sea la humildad cristiana para conservar la virginidad, nadie lo ha expresado más claramente que San Agustín: "Ya que la continencia perpetua, y sobre todo la virginidad, es un don excelentísimo en los santos de Dios, ha de vigilarse atentamente para que no se corrompa con la soberbia... Por eso, cuanto mayor me parece este don, más temo no venga a desaparecer en lo futuro por causa de la soberbia. Sólo Dios es el verdadero custodio de la gracia virginal, que El mismo concedió, y Dios es caridad" (105). La guardiana por tanto, de la virginidad es la caridad, y la morada de esta guardiana es la humanidad" (106).

Otra cosa que hay que tener presente; que para conservar intacta la castidad no basta la vigilancia y el pudor; hay que recurrir también a los medios sobrenaturales; a la oración a Dios, a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía y una viva devoción a la Santísima Madre de Dios.

No perdamos de vista que la castidad perfecta es un don de Dios. A este propósito, advierte profundamente San Jerónimo: "Les fue concedido (107) a los que lo pidieron, a los que lo quisieron, a los que trabajaron por recibirlo. Porque todo aquel que pide, recibe, y el que busca, halla, y al que llama, se le abrirá" (108). De la oración, añade San Alfonso María de Ligorio con aquella ardentísima piedad que lo distinguía, enseña que no hay medio tan necesario para vencer las tentaciones contra esta hermosa virtud de la castidad como el recurso inmediato a Dios por la oración (110).

Sin embargo, a la oración es menester que se añada el Sacramento de la Penitencia, el cual, si se recibe con frecuencia y preparación es una medicina espiritual que purifica y sana, y el alimento eucarístico, que, en frase de nuestro predecesor de inmortal memoria León XIII, es el mejor "remedio contra la sensualidad" (111). Cuanto más pura y casta sea el alma, más hambre tendrá de este pan, del que saca la fortaleza para resistir a todas las seducciones del pecado impuro y con el que une más estrechamente al Divino Esposo: "Quien come mi carne y bebe mi sangre en Mí mora y Yo en él" (112).

Un medio excelente para conservar intacta y sostener la castidad perfecta, medio comprobado continuamente por la experiencia de los siglos, es el de una sólida y ardiente devoción a la Virgen Madre de Dios. En cierta manera, esta devoción contiene en sí todos los demás medios, pues quien sincera y profundamente la vive, se tiene que sentir impulsado a velar, a orar, a acer-

carse al tribunal de la penitencia y al banquete eucarístico. Por tanto, exhortamos con afecto paterno a todos los sacerdotes, religiosos y vírgenes consagradas, a que se pongan bajo la especial protección de la Santa Madre de Dios, que es Virgen de vírgenes y "maestra de la virginidad", como afirma San Ambrosio (113), y es Madre poderosísimo de aquellos, sobre todo, que se han dedicado al divino servicio.

Por Ella, dice San Atanasio, comenzó a existir la virginidad (114), y lo enseña claramente San Agustín con estas Palabras: "La dignidad virginal comenzó con la Madre de Dios" (115). Siguiendo las huellas del mismo S. Atanasio San Ambrosio propone a las vírgenes como modelo la vida de la Virgen María: "Imitadla, hijas (117)... Sirvaos la vida de María de modelo de virginidad, cual imagen que se hubiese trasladado a un lienzo; en Ella como en un espejo, brilla la hermosura de la castidad y la belleza de toda virtud. De aquí podéis tomar ejemplos de vida, ya que en ella, como en un dethado, se muestra con las enseñanzas manifestadas de su santidad qué es lo que habéis de corregir, qué es lo que habéis de reformar, qué es lo que habéis de retener... He aquí la imagen de la verdadera virginidad. Esta fue María, cuya vida pasó a ser norma para todas las vírgenes... (118). Sea, pues, la Santísima Virgen María Maestra de nuestro modo de proceder" (119). Tan grande fue su gracia, que no sólo conservó en sí misma la virginidad, sino que concedía esta don insigne a los que visitaba" (120).

Cuán verdadero es, pues, el dicho del mismo San Ambrosio: "Oh riqueza de la virginidad de María" (121). En vista de tales riquezas aprovecha grandemente también hoy a las vírgenes consagradas, a los religiosos y a los sacerdotes el contemplar la virginidad de María para observar con más fidelidad y perfección la castidad de su propio estado.

Pero no os contentéis, amadísimos hijos, con meditar las virtudes de la Santísima Virgen María; acudid a Ella con absoluta confianza, siguiendo el consejo de San Bernardo: "Busquemos la gracia y busquémosla por María" (122). Y en este Año Mariano de una manera especial poned en Ella el cuidado de vuestra vida espiritual y de la perfección, imitando el ejemplo de San Jerónimo, que aseguraba: "Para mí la virginidad es una consagración en María y en Cristo" (123).

— IV —

En las graves dificultades con que la Iglesia debe hoy luchar es un grande consuelo para nuestro corazón de Pastor Supremo, Venerables Hermanos, ver cómo la virginidad, la cual florece en estos tiempos como en tiempos antiguos en todos los ámbitos de la tierra, es tenida en grande estima y honor no obstante los errores contrarios, que decíamos y que esperamos serán pasajeros y desaparecerán pronto.

No ocultamos, sin embargo, que este nuestro gozo está mezclado de cierta tristeza al ver que en no pocos países disminuye cada día más el número de los que, llamados por la voz divina, abrazan el estado de virginidad. Las principales causas las hemos apuntado más arriba y no hay por qué repetir las. Confiamos que los educadores de la juventud que hubieren caído en esos errores los reconocerán pronto, los repudiarán y se esforzarán por poner remedio, haciendo lo posible para que cuantos se sientan llamados por Dios al ministerio sacerdotal o al estado religioso, si están bajo su dirección espiritual, sean ayudados por todos los medios a alcanzar esa meta sublime. ¡Ojalá suceda que nuevas y más numerosas falanges de sacerdotes y de religiosos,

cuantos y cuales exigen las necesidades actuales de la Iglesia, salgan pronto a cultivar la viña del Señor!

Además —como pide la responsabilidad de nuestro ministerio apostólico—, exhortamos a los padres y madres de familia a ofrendar gustosos para el servicio divino aquellos de sus hijos que sientan esa vocación. Y si esto les resultare duro, triste y penoso, mediten atentamente las palabras con que San Ambrosio amonestaba a las madres de Milán: "Sé de muchas jóvenes que quieren ser vírgenes, y sus madres les prohíben aun venir a escucharme... Si vuestras hijas quisieran amar a un hombre, podrían elegir a quien quisieran según las leyes. Y a quienes se les concede escoger a cualquier hombre ¿no se les permite escoger a Dios?" (124).

Consideren los padres qué honor es para ellos tener un hijo sacerdote o una hija que ha consagrado su virginidad al Divino Esposo. Por lo que se refiere a las vírgenes, nos dice el mismo Obispo de Milán: "Ya habéis oído, padres..., la virginidad es un don de Dios, un regalo del padre, sacerdocio de la castidad. La virgen es una hostia ofrecida por la madre, hostia que se sacrifica diariamente y aplaca la ira divina" (125).

Y ahora antes de dar fin a esta Carta Encíclica, deseamos, Venerables Hermanos, volver el pensamiento y el corazón a aquellos que, consagrados al servicio divino, en no pocas regiones padecen severa persecución. Imiten el ejemplo de las vírgenes de la primitiva Iglesia, que con valentía invencible sufrieron el martirio por su virginidad (126).

Perseveren "hasta la muerte" (127) con ánimo constante en el santo propósito de servir a Cristo, y tengan presente que sus angustias, sus padecimientos y sus oraciones son de gran valor ante Dios para la implantación del reino de Cristo en sus naciones y en la Iglesia entera; tengan por cierto que los que "siguen al Cordero dondequiera que va" (128) cantarán por toda la eternidad un "cántico nuevo" (129), que ningún otro puede cantar.

Nuestro corazón paterno se llena de compasión hacia esos sacerdotes, religiosos y vírgenes consagradas que confiesan valerosamente su fe hasta el mismo martirio. Rogamos a Dios por ellos y por los que en todos los ámbitos de la tierra se dedican al servicio divino, a fin de que el Señor los confirme, los fortifique y los consuele. Y a vosotros, Venerables todos Hermanos, y a vuestros fieles exhortamos insistentemente a orar en unión con Nos para obtener a todas esas almas consagradas las consolaciones, dones y auxilios divinos.

Prenda de esos divinos dones y testimonio de nuestra especial benevolencia sea la Bendición Apostólica, que con todo afecto en el Señor impartimos a vosotros, Venerables Hermanos, y a los demás ministros del altar y a las vírgenes sagradas, a aquellos principalmente que "padecen persecución por la justicia" (130), y a todos vuestros fieles.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la fiesta de la Anunciación de la Santísima Virgen María, 25 de marzo de 1.954, año XVI de nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII

NOTAS

- (1) Cfr. S. Ambrosio, "De virginibus", lib. I, c. 4. n. 15; "De virginitate", c. 3. n. 13; "P. L." XVI, 139, 269.
- (2) Cfr. "Ex". XXII, 16-17; "Deut". XXII, 23-29; "Eccli." XLII, 9.
- (3) S. Ambrosio, "De Virginibus", lib. I, c. 3. n. 12; "P. L." XVI, 192.
- (4) "I Cor". X, 11.
- (5) "Act". XXI, 9.
- (6) Cfr. S. Ignat. Antioch., "Ep. ad Smyrn" c. 13; Funk Diekamp, "Patres Apostolici", vol. I, p. 286.
- (7) S. Justin, "Apol. I pro chris" c. 15; "P. G." VI 349.
- (8) Cfr. Const. Apost. "Sponsa Christi", "A. A. S." XLIII, 1951, pp. 5-8.
- (9) Cfr. "C. I. C." Can. 487.
- (10) Cfr. "C. I. C.", can. 132, § 1.
- (11) Cfr. Const. Apost. "Provida Mater", art. III, § 2 "A. A. S.", XXXIX, 1947, p. 121.
- (12) Matth., XIX, 10.
- (13) "Ibid". XIX, 11-12.
- (14) "Ibid" XIX 12.
- (15) S. Augustin, "De sancta virginitate", c. 22; "P. L." XL, 407.
- (16) Cfr. can. 9; Mansi "Coll. Concil." II, 10-96.
- (17) "I Cor", VII, 32, 34.
- (18) S. Cypr. "De habitu virginum", 4; "P. L." IV, 443.
- (19) S. Augustin, "De sancta virginitate", cc. 8, 11; "P. L." XL, 400 401.
- (20) S. Thom., "Summa Th." II-II, p. 152, a 3, ad 4.
- (21) S. Bonav. "De perfectione evangelica", q. 3 a 3, sol. 5.
- (22) Cfr. S. Cypr. "De habitu virginum", c. 20; "P. L." IV, 459.
- (23) Cfr. S. Athanas. "Apol. ad Constant", 33, "P. G." XXV, 640.
- (24) S. Ambrosio, "De virginibus", lib. I, c. 8; n. 52; "P. L." XVI, 202.
- (25) Cfr. "Ibid", lib. III, cc. 1-3, nn. 1-14; "De institutione virginis", c. 17, nn. 104-114; "P. L." XVI, 219-224, 333-336.
- (26) Cfr. "Sacramentarium Leonianum", XXX; "P. L." LV, 129; "Pontificale Romanum". De benedictione et consecratione virginum.
- (27) Cfr. S. Cypr. "De habitu virginum", 4 et 22; "P. L." IV, 443-444 et 462; S. Ambrosio, "De virginibus", II, I, c. 7, n. 37; "P. L." XVI, 199.
- (28) S. Augustini, "De sancta virginitate", cc. 54-55; "P. L." XL, 428.
- (29) "Pontificale Romanum"; De benedictione et consecratione virginum.
- (30) S. Methodius Olympi, "Convivium decem virginum", orat. XI, c. 2; "P. G." XVIII, 209.
- (31) "Apoc". XIV, 4.
- (32) "Ibid".
- (33) "I Petr". II, 21; S. Augustini, "De sancta virginitate", c. 27; "P. L." XL, 411.
- (34) S. Bonav. "De perfectione evangelica", q. 3 a 3.
- (35) S. Fulgent, "Epist". 3, c. 4, n. 6; "P. L." LXV, 326.
- (36) "I Cor". VII, 32-33.
- (37) "Gen". II, 24; Cfr. Matth. XIX, 5.
- (38) Cfr. "I Cor." VII, 39.
- (39) S. Thom., "Summa Th." II-II, q. 186, a 4.
- (40) Cfr. "C. I. C." can. 132, § 1.
- (41) Cfr. Litt. Enc. "Ad catholicos sacerdotum fastigium", "A. A. S." XXVIII, 1936, pp. 24-25.
- (42) Cfr. "Lev". XV, 16-17; XXII, 4; "I Sam". XXI, 5-7; cfr. S. Ciril. Papa, "Esp. ad Himer". 7; "P. L." LVI, 558-559.
- (43) S. Petrus Dam. "De coelibatu sacerdotum", c. 3; "P. L." CXLV, 384.
- (44) Cfr. Math. XIX, 10-11.
- (45) "I Cor". VII, 38.
- (46) "Ibid". VII, 7-8; cfr. 1 et. 26.
- (47) Cfr. S. Thom., "Summa Th." II-II, q. 152, aa. 3-4.
- (48) Cfr. "I Cor". VII, 33.

- (49) Matth. XII, 33.
 (50) Matth. XXV, 35-36, 40.
 (51) "A. A. S." XLII, 1950, p. 663.
 (52) C. Cypr. "De habitu virginum" 22; "P. L." IV, 462. cfr. S. Ambros, "De virginibus", lib. I, c. 8, n. 52; "P. L." XVI, 202.
 (53) Matth. XIII, 46.
 (54) S. Thom. "Summa Th." II-II, q. 152, a 5.
 (55) "Pontificale Romanum". De benedictione et consecratione virginum
 (56) C. Cypr. "De habitu virginum" 3; "P. L." IV, 443.
 (57) Sess. XXIV, can. 10.
 (58) Cfr. S. Thom. "Summa Th." I-II q. 94 a 2.
 (59) Cfr. "Gal". V, 25; "I. Cor" IX, 27.
 (60) Cfr. Allocutio ad Moderatrices supremas Ordinum et Institutum Religiosorum; d. 15 septembris 1952; "A. A. S." XLIV, 1952, p. 824.
 (61) Cfr. Decretum S. Officii, "de matrimonii finis", d. I aprilis 1944; "A. A. S." XXXVI, 1944, p. 103.
 (62) Cfr. "I Cor". VII, 5.
 (63) Cr. "C. I. C." can. 1013, § 1.
 (64) "Gal". II, 20.
 (65) S. Ambros, "De virginitate", c. 5, n. 26; "P. L." XVI, 272.
 (66) Cfr. Ib. X, 14; X, 3.
 (67) Cfr. "A. A. S." XLIII, 1951, p. 20.
 (68) "I Cor". VII, 25.
 (69) Matth. XIX, II.
 (70) S. Ambros. "De viduis", c. 12, n. 72; "P. L." XVI, 256; cfr. S. Cypr. "De habitu virginum", c. 23; "P. L." IV, 463.
 (71) Cfr. "I Cor". VII, 7.
 (72) Matth. XIX, II, 12.
 (73) S. Hieronym. "Comment. in Matth", XIX 12; "P. L." XXVI, 136.
 (74) S. Ioann. Chrysost. "De virginitate", 80; "P. G." XLVIII, 592.
 (75) S. Ambros. "De virginibus", lib. I, c. II, n. 65; "P. L." XXVI, 136.
 (76) Cfr. S. Methodius Olympi. "Convivium decem virginum, Orat. VII. c. 3; "P. G." XVIII, 182-129.
 (77) S. Gregor. M. "Hom. in Evang." lib. I, hom. 3, n. 4; "P. L." LXX-VI, 1089.
 (78) Matth. XIX, 12.
 (79) "I Cor" VII, 9.
 (80) Cfr. "Conc. Trid", sess. XXIV, can. 9.
 (81) Cfr. S. Augustin. "De natura et gratia", c. 43, n. 50; "P. L." XLIV, 271.
 (82) "Cons. Trid", sess. VI, c. II.
 (83) "I Cor", X, 13.
 (84) Manth. XXVI, 41.
 (85) "Gal". V, 17.
 (86) Cfr. "Ibid". 19-21.
 (87) "Ibid". 24.
 (88) "I Cor", IX, 27.
 (89) Matth. V, 28-29.
 (90) Cfr. S. Caesar. Arelat, "Sermo 41", ed G. Morin, Maredsous 1937, vol. I, p. 172.
 (91) Cfr. S. Thomás, "n. Ep. I ad Cor. VI", lect. 3; S. Franciscus Sales, "Introduction a la vie devote", part. IV, c. 7; S. Alphonsus a Liguori, "La vera sponsa di Gesù Cristo", c. 1, n. 16; c. 15, n. 10.
 (92) S. Hieronym. "Contra Vigilant", 16; "P. L." XXIII, 352.
 (93) S. Augustini, "De sancta virginitate", c. 54; "P. L." XL, 428.
 (94) "Eccli", III, 27.
 (95) S. Augustini, "Epist". 211, n. 10; "P. L." XXXIII, 961.
 (96) Io. XVII, 18.
 (97) "Ibid". 16.
 (98) "Ibid". 15.
 (99) Cfr. "C. I. C. can. 134-142. Cfr. B. Pius PP. X. Exhort. ad cler. cath. "Haerent animo", "A. A. S.", XLI, 1908, pp 565-573; Pius PP. XI, litt. enc. "Ad catholici sacerdotii fastigium" "A. A. S." XXVIII, 1936, pp. 23-30; Pius XII, Adhort., apost. "Menti Nostrae", "A. A.

- S.", XLII, 1950, pp. 692-694.
 (100) Cfr. "A. A. S." XLII, 1950, pp. 690-691.
 (101) Cfr. "I Cor". VI, 15.
 (102) "Ibid". 19.
 (103) Alloc. "Magis quam mentis", d. 23 Sept. a 1951; "A. A. S.", XLIII, 1951, p. 736.
 (104) S. Clemens. Rom., "Ad Corinthios", XXXVIII, 2; ed. Funk-Diek-amp, "Patres Apostolici", vol. I, IV, 8.
 (105) I Ioann. IV, 8.
 (106) S. Augustini "De sancta virginitate", cc. 33, 51; "P. L." XX-426; cfr. cc. 31-32, 38; 412-425, 419.
 (107) Cfr. Matth. XIX, 11.
 (108) Cfr. "Ibid". VII, 8; S. Hieron, "Comm. in Matth. XIX, "P. L." XX-VI, 135.
 (109) Cfr. S. Ambros. "De virginibus". lib. III, c. 4, nn. 18-20; "P. L." XVI, 225.
 (110) Cfr. S. Alphonsus a Liguori, "Practica di amar Gesù Cristo", c. 17, nn. 7-16.
 (111) Leo XIII, Encyclica "Mirae caritatis", d. 28 Maii, a 1902; "A. L." XXII, pp. 1902-1903.
 (112) Io VI, 57.
 (113) S. Ambros, "De institutione virginis", c. 6, n. 46; "P. L." XVI, 1929.
 (114) Cfr. S. Athanas, "De virginitate", ed Th. Lefort. "Museum". XLII, 1929, p. 247.
 (115) S. Agustin, "Serm". 51, c. 16, n. 26; "P. L." XXXVIII, 348.
 (116) Cfr. S. Athanas, "Ibid". lib. II, c. p. 244.
 (117) S. Ambros, "De institutione virginis", c. 14, n. 87; "P. L." XVI, 328.
 (118) S. Ambros, "De virginibus", lib. II, c. 2, n. 6, 15; "P. L." XVI, 208, 210.
 (119) "Ibid", c. 3, n. 19; "P. L." XVI, 211.
 (120) S. Ambros. "De institut. virginis", c. 7, n. 50; "P. L." XVI, 319.
 (121) "Ibid", c. 13, n. 81; "P. L." XVI, 339.
 (122) S. Bernar "In nativitate B. Mariae Virginis". Sermo de aquaeductu, n. 8; "P. L." 183, 441-442.
 (123) S. Hieronym, "Epis". 22, n. 18; "P. L." XXII, 405.
 (124) S. Ambros, "De virginibus", lib. I, c. 10, n. 58; "P. L." XVI, 205.
 (125) "Ibid". c. 7, n. 32; "P. L." XVI, 198.
 (126) Cfr. S. Ambros, "De virginibus", lib. II, c. 4, n. 32; "P. L." XVI, 215-216.
 (127) "Phil". II, 8.
 (128) "Apoc". XIV, 4.
 (129) "Ibid". 3.
 (130) Matth. V, 10.

EPISTOLA ENCICLICA

de nuestro Santísimo Señor Pío por la Divina Providencia Papa XII a los Venerables Hermanos Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios locales de Gran Bretaña, Austria, Alemania, Francia, Bélgica y Holanda, en paz y comunión con la Sede Apostólica.

EN EL DUODECIMO CENTENARIO DE LA MUERTE DE SAN BONIFACIO, OBISPO Y MARTIR

(Ecclesiae Fastos)

A los Venerables Hermanos Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios locales de Gran Bretaña, Alemania, Austria, Bélgica, Francia y Holanda, en paz y comunión con la Sede Apostólica.

PIO XII.

Venerables Hermanos:

Salud y Bendición Apostólica.

En gran manera conveniente y oportuno es, no sólo recordar los fastos gloriosos de la Iglesia, sino también el conmemorarlos con fiestas públicas, ya que por ellos claramente se demuestra que en la Iglesia, de parte de Jesucristo, no ha habido ningún siglo estéril en santidad. Por otra parte, es natural que, si se proponen en tales ocasiones los preclaros ejemplos de virtud que en esos fastos resplandecen, se caldeen los ánimos y se muevan a seguirlos, según las fuerzas de cada uno.

Por esa razón nos agradó sobremanera la noticia de que, principalmente en aquellas naciones que sienten tener especial motivo de gratitud hacia San Bonifacio, preclara gloria y prez de la Orden Benedictina, se va a celebrar este año, con fiestas públicas y manifestaciones religiosas, el duodécimo centenario de cuando por el martirio voló a la patria celestial.

Y si es justo que esas naciones vuestras veneren a tan santo varón y con esta ocasión traigan a la memoria sus magníficas gestas, mayor razón tiene esta Sede Apostólica, que le vió tres veces como piadoso peregrino entrar a Roma, tras un largo y duro camino, y doblar sus rodillas ante el Sepulcro del Príncipe de los Apóstoles y, con ánimo de hijo fidelísimo, pedir a nuestros predecesores la misión de llevar el nombre del Divino Redentor a bárbaras y apartadas naciones, como era su deseo, e implantar allí la civilización y cultura cristianas.

Nacido de familia anglosajona, sintió en la más tierna edad un persistente llamamiento divino de renunciar a su patrimonio, dejar los halagos del mundo y encerrarse en el seguro recinto de un monasterio, para poder así más fácilmente dedicarse a la divina contemplación y observar fielmente los consejos evangélicos. Allí hizo notables progresos, no sólo en los estudios humanísticos y de ciencias sagradas, sino también en las virtudes cristianas: tanto que mereció ser elegido Abad del Monasterio. Sin embargo, como tenía alma para cosas más grandes y generosas, hacía tiempo que había concebido el deseo de marchar al extranjero para iluminar las naciones bárbaras con la luz del Evangelio y enseñarles a practicar sus preceptos. Nada le podía detener; no conocía obstáculo; ni el dejar su querida patria, ni los largos y di-

ficiles viajes, ni tampoco los peligros de toda clase que le podrían asaltar vi-
viendo entre gente desconocida. Sentía en su apostólico corazón un impulso
vehemente, tan impetuoso, tan eficaz, que no podían contenerlo las cadenas
de humanos respetos y de humanos afectos.

I

Digno de admiración es que la Gran Bretaña que, después de muchas vicisitudes, se había convertido unos cien años antes a la religión cristiana, por obra de nuestro predecesor, de inmortal memoria, San Gregorio Magno (quien había enviado allí un esforzado escuadrón de hijos de San Benito bajo la guía de San Agustín); digno es ciertamente de admiración, decimos, que estuviera ya en aquel tiempo tan firme en la fe, tan encendida en la caridad que, como río salido de madre que riega las tierras circunvecinas y las fertiliza, mandase de propia iniciativa a otras naciones muchos de los mejores varones de que disponía, para ganarlas a Jesucristo y unir las íntimamente a su Vicario en la tierra. De este modo se puede decir que agradecía a Dios los beneficios recibidos con la religión católica y la civilización y cultura cristianas.

Entre esos misioneros, sin duda, brillaba por su celo apostólico y su fortaleza de carácter, mezclada con dulzura en las maneras, Winfrido, llamado después Bonifacio por el mismo Romano Pontífice San Gregorio II. El, junto con algunos compañeros, pocos en número por cierto pero notables por sus virtudes, tomó sobre sí la obra de evangelización, a la cual desde hacía mucho tiempo aspiraba; y así, embarcándose en Gran Bretaña, llegó a las orillas de Frisia. Sin embargo, como el que reinaba tiránicamente en aquella región se oponía con violencia a la religión cristiana, los esfuerzos de San Bonifacio y sus compañeros fueron vanos; y así, después de innumerables trabajos e intentos ineficaces, se vió forzado a volver a su patria.

Pero no se desanimó, sino que, no mucho tiempo después, se decidió a venir a Roma, acudir a la Sede Apostólica y pedir humildemente al mismo Vicario de Jesucristo la misión sagrada, mediante la cual esperaba, con la divina gracia, obtener más fácilmente aquella ardua meta que tan ardientemente anhelaba. "Llegado pues, felizmente a la morada del Apóstol San Pedro" (1), y habiendo venerado con suma piedad el Sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, pidió audiencia a nuestro predecesor, de santa memoria, Gregorio II.

De buena voluntad lo recibió el Pontífice; y él "le dió cuenta punto por punto del motivo de su viaje y venida y de los anhelos que le inflamaban. Entonces el Santo Pontífice, mirándole de repente con rostro alegre y los ojos risueños" (2), le animó y le incitó a emprender confiadamente la obra proyectada, y, por medio de letras apostólicas, lo revistió de su apostólica autoridad.

La misión recibida del Vicario de Jesucristo pareció a Bonifacio que le granjeara las gracias y auxilios celestiales de Dios, fortalecido con las cuales no debía temer las dificultades que pusieran los hombres y las cosas, y podría cumplir sus planes, por tanto tiempo acariciados, con mayor esperanza de éxito y más abundantes frutos. El obrero recorrió varias regiones de Alemania y de Frisia, en donde no sólo no había vestigio ninguno de verdad cristiana, sino que todo era inculto, áspero y salvaje; y sembró abundantemente la semilla evangélica, y la fecundó con increíbles trabajos y sudores; si encontraba comunidades cristianas que, o por falta de legítimo Pastor yacían en miserable abandono o inercia, o eran apartadas de la verdadera fe y rectas

costumbres por ministros de culto corrompidos o ignorantes, se convertía en reformador prudente e inflexible de la vida privada y pública, obrero hábil e incansable, y diligentísimo impulsor y restaurador de todas las virtudes.

Estos felices resultados de la obra de Bonifacio llegaron a los oídos de nuestro predecesor, quien lo llamó a la Ciudad de los Apóstoles, y, aunque él por humildad se le resistiese, "le declaró que deseaba imponerle a dignidad episcopal para que así pudiera con mayor eficacia corregir a los extraviados y volverlos al camino de la verdad, cuando estuviese sostenido con la autoridad más excelsa de la dignidad apostólica, y para que todos aceptasen de mejor voluntad la predicación, al ver que por ese motivo había él sido ordenado obispo por el Sumo Pontífice" (3).

Consagrado de este modo por el mismo Sumo Pontífice como "Obispo Regionario", volvió a aquellas comarcas vastísimas a él encomendadas, en donde, revestido de la nueva dignidad y autoridad, se dió al trabajo apostólico con celo cada vez más intenso.

Y si este Pontífice lo amó vivamente por el esplendor de sus virtudes y por el ardor de su celo en dilatar el Reino de Jesucristo, no menos lo amaron sus sucesores, a saber: San Gregorio II, quien por sus preclaros méritos le nombró Arzobispo y le honró con el sagrado palio, concediéndole la facultad de erigir o reformar legítimamente en aquellas regiones la Jerarquía Eclesiástica y de consagrar nuevos Obispos "para iluminar al pueblo de Alemania" (4); San Zacarías, el cual en una afectuosa carta le confirmó en su oficio, colmándole de grandes alabanzas (5) y finalmente Esteban III quien, recién elegido Papa, le envió una carta llena de veneración cuando él se hallaba al final de su carrera mortal (6).

Confiado en la autoridad y benevolencia de estos Pontífices, durante todo el tiempo de su oficio, recorrió Bonifacio, con celo cada día más ardiente, regiones inmensas sumergidas aún en las tinieblas del error: las iluminó con la luz de la verdad evangélica, e hizo alborazar en ellas, con su incansable labor, una nueva era de cultura y civilización cristianas. Frisia, Sajonia, Austrias, Turingia, Franconia, Hesse y Baviera la tuvieron como sembrador infatigable de la palabra divina y padre en la nueva vida que proviene de Cristo y se alimenta con su gracia. Anhelaba también llegar hasta aquella "antigua Sajonia" (7) de la que creían descender sus antepasados; pero estos deseos no los pudo llevar a feliz término.

Para emprender tan ingente empresa y llevarla a cabo, pidió cooperadores y también cooperadoras (es decir, monjas, entre las cuales brilla Lioba por la perfección de su vida evangélica) a los monasterios benedictinos de su patria, que entonces florecían en doctrina, fe y caridad. Ellos acudieron gustosos a su llamamiento y le prestaron valiosísima ayuda. Ni faltaron en aquellas mismas tierras por él recorridas quienes llegados a la luz del Evangelio abrazasen con tan ferviente y enérgica voluntad la nueva religión, que procuraron con todas sus fuerzas comunicarla a todos cuantos podían. Así, pues, apoyado, como dijimos, en la autoridad de los Romanos Pontífices, "San Bonifacio, cual nuevo archimandrita, empezó a sembrar por todas partes la semilla divina y extirpar la diabólica, a levantar monasterios e iglesias y colocar al frente de las mismas a Pastores prudentísimos" (8). De esta suerte se transformó poco a poco el estado de aquellas regiones: Se veían muchedumbres de hombres y mujeres que acudían en gran número a oír al varón apostólico, las cuales, profundamente conmovidas por su palabra, abandonaban sus inveteradas supersticiones, se infiltraban en el amor del Divino Redentor, acomodaban a su amable doctrina sus ásperas y depravadas costumbres y,

purificadas por las aguas bautismales, iniciar una vida del todo nueva. Allí se construyeron monasterios de monjes y de monjas, que fueron la sede, no sólo del culto divino, sino también de civilización, de letras humanas, de ciencias y de artes. Allí (después de haber enrarecido o cortado y abatido completamente selvas impenetrables, inexploradas y tenebrosas) se pusieron a cultivar nuevos campos para utilidad común, y se comenzaron a construir acá y allá nuevas casas para los hombres, que en el decurso de los siglos, llegarían a ser ciudades populosas.

El fiero pueblo germánico, tan amante de la libertad, que a nadie había querido jamás rendirse y ni siquiera ante el terror de las poderosas armas de los romanos nunca se había sometido establemente a su dominio, después de haber sido evangelizado por estos inermes predicadores de Jesucristo acabó por prestarles obediencia, inclinando ante ellos su fiera cerviz; fue iniciado en la nueva doctrina, atraído y conmovido por su belleza y rectitud y, por fin, espontáneamente se sometió felizmente al suavísimo yugo de Jesucristo.

Gracias a San Bonifacio brilló sin duda para el pueblo germánico la luz de una nueva era; nueva no sólo en cuanto a la religión cristiana, sino también en cuanto a la vida culta y civilizada. Con razón, pues, este pueblo lo debe considerar y venerar como a padre y tenerle perpetua gratitud, esforzándose por imitar eficazmente sus preclaras virtudes. "Porque llamase padre espiritual no solamente Dios omnipotente, sino también todos aquellos que, con su doctrina y sus ejemplos, nos llevan al conocimiento de la verdad y nos incitan a la perseverancia en la religión... No de otra manera el Santo Bonifacio puede llamarse padre de todos los habitantes de Alemania, ya que él, primeramente engendró para Cristo con la palabra de su sana predicación; luego los confirmó con sus ejemplos; y finalmente dió por ellos su vida, que es la muestra mayor de caridad que se puede dar" (9).

Entre los varios cenobios que levantó en aquellas regiones, en no pequeño número, ocupa, sin duda, lugar primero el de Fulda, que ha sido para aquellos pueblos como un faro, que con sus haces de luz muestra a las naves la ruta en medio de las olas del mar. Allí en efecto, se fundó como una nueva Ciudad de Dios, en la cual innumerables monjes, sucediéndose unos a otros, se forman apta y diligentemente en las ciencias divinas y humanas, y mediante la oración y la contemplación se preparan a pelear las futuras batallas pacíficas: desde allí, después de haber libado, de los libros sagrados y profanos, la dulce miel de la sabiduría, se esparcen cual enjambre de abejas, por diversas partes para ofrecerla generosamente a los demás. Ningún género de ciencias o de artes liberales fue allí desconocido. Se buscaron con ardor antiguos códices, se copiaron con exactitud, fueron adornados con miniaturas y comentados con suma diligencia. Así, con todo derecho se puede afirmar que las ciencias sagradas y profanas, en las que tanto sobresale hoy el pueblo alemán, tuvieron allí su cuna venerada.

Además, de aquellas moradas salieron innumerables monjes benedictinos, que, con la cruz y el arado, es decir, orando y trabajando, llevaron la cultura y civilización cristiana a aquellas tierras que aún se hallaban envueltas en las tinieblas. Gracias a su prolongado e incansable trabajo, las selvas, que antes eran inmesas guardias de fieras y casi impenetrables al hombre, se convirtieron en campos cultivados y fructíferos; y las tribus que hasta entonces, sumidas en costumbres rudas y bárbaras, se hallaban entre sí divididas, andando el tiempo llegaron a formar una sola nación, domada por la suavidad y la fuerza del Evangelio y esclarecida por sus virtudes cristianas y civiles.

Pero especialmente el monasterio fuldense, la sede de la oración y de la contemplación divina; allí, en efecto, antes de emprender la difícil misión de evangelizar a los pueblos, los monjes se esforzaban, con la oración, la penitencia y el trabajo, por adquirir una gran santidad. Y el mismo Bonifacio, cuantas veces le era posible sustraerse algo a los trabajos apostólicos para tomar un poco de descanso, allí se acogía gustosísimo para templar y robustecer su alma entregado a las largas oraciones y celestiales meditaciones. "Hay... un lugar selvático — así escribía él a nuestro predecesor, de santa memoria, Zacarías — en el desierto de esta vastísima soledad, donde hemos construido un monasterio y colocado en él monjes que viven en la regla del santo padre Benito; hombres de estricta abstinencia, que se privan de la carne, del vino y de la cerveza: que no tienen siervos, contentos con el trabajo de sus manos... En ese lugar, con el consentimiento de vuestra piedad, me he propuesto descansar por algunos días, aunque sean pocos, para restaurar las fuerzas del cuerpo fatigado por la vejez; y en el deseo de ser sepultado después de mi muerte. En torno de ese lugar viven ya cuatro pueblos, a quienes por la gracia de Dios hemos predicado las palabras de Cristo, y a los cuales mientras vivo y conservo mis facultades puedo, con vuestra intercesión, ser útil. Porque merced a vuestras oraciones y con la gracia de Dios, ansío permanecer en íntima unión con la Iglesia Romana y en vuestro servicio entre estos pueblos germánicos a quienes he sido enviado, y obedecer así a vuestro mandato" (10).

En el silencio de este cenobio es donde principalmente obtuvo de Dios aquella fuerza sobrenatural, fortalecido con la cual emprendía animoso nuevas conquistas; y gracias a la cual pudo traer al redil de Jesucristo tantos pueblos germánicos, confirmarlos luego en la fe, y no pocas veces estimularlos también a conseguir la perfección evangélica.

Pero si Bonifacio fue de un modo muy particular el Apóstol de Alemania, con todo, el celo por la dilatación del Reino de Dios, que con tanta vehemencia ardía en él, no se ceñía a los confines de esta nación. También la Iglesia de Francia, aunque había abrazado generosamente la fe católica desde la época de los Apóstoles, y mártires, y, aún después de que los francos constituyeron en ella su imperio, había escrito páginas dignas de los mayores encomios en los fastos del cristianismo, entonces se hallaba sumamente necesitada de una reforma de costumbres y de una restauración y renovación de la vida cristiana. No pocas diócesis carecían de Obispos o estaban confiadas a un Pastor indigno; en algunas partes los ánimos de muchos se hallaban perturbados con supersticiones de toda clase, con herejías y cismas; los Concilios Eclesiásticos, del todo necesarios para asegurar la integridad de la religión, restablecer la disciplina del clero y enmendar las costumbres públicas y privadas, hacía mucho tiempo que por una grave negligencia no se celebraban; los ministros sagrados con gran frecuencia no estaban a la altura de la excelsa dignidad de su cargo; y no pocas veces el pueblo yacía en una gran ignorancia de la religión cristiana y, lo que es peor, en la corrupción de las costumbres. A oídos de San Bonifacio llegó la noticia de estas tristísimas circunstancias, y apenas reconoció el peligro que corría la ilustre Iglesia de los francos se dedicó con intenso celo al remedio radical de esta situación.

Pero también en medio de estas enormes dificultades sintió la necesidad de la autoridad de la Sede Apostólica (11); respaldado con ella, trabajó como Legado del Romano Pontífice (12) durante unos cinco años, con solicitud infatigable y con suma prudencia, en devolver a la Iglesia de los francos su primitivo esplendor.

...Pues entonces, con la gracia de Dios y por sugerencia del Santo Arzobispo Bonifacio, se afianzó la herencia de la religión cristiana, se corrigie-

ron en Francia y se pusieron en vigor las disposiciones sinodales de los padres ortodoxos, y todo quedó reformado y purificado con la autoridad de los cánones" (13). Cuatro fueron los Concilios que por iniciativa de San Bonifacio se celebraron con este fin (14); al cuarto de los cuales acudieron de todo el imperio de los francos: se renovó la Jerarquía Eclesiástica; se acogieron Obispos dignos de este nombre y cargo, que fueron destinados a sus sedes; se restauró y reformó la disciplina del clero con todo empeño; se aseguró la autoridad de los sagrados cánones; se enmendaron con gran diligencia las costumbres del pueblo cristiano; se prohibieron las supersticiones (15); se reprobaron y se condenaron las herejías (16); por último, se compusieron felizmente los cismas. Entonces, con grande gozo de San Bonifacio y de todos los buenos, la Iglesia de los francos volvió a florecer y a brillar con nuevo esplendor: los vicios desaparecieron o por lo menos mermaron; las virtudes cristianas se estimaron; la necesaria unión con el Romano Pontífice se robusteció con lazos más apretados y más fuertes. Pues los Padres del Concilio General de todo el imperio de los francos enviaron a Roma, al Sumo Pontífice, las actas que habían solemnemente sancionado, como documento elocuentísimo de la fe católica que ellos y los suyos profesaban, para que, depositadas junto al Sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, atestiguaran su veneración, piedad y unión (17).

Acabado este importantísimo negocio con la inspiración y gracia de Dios, no se concedió Bonifacio el merecido descanso, sino que, a pesar de verse oprimido por tantos cuidados, de experimentar los achaques de la edad avanzada y de tener la salud quebrantada con tantos sufrimientos y trabajos, sin embargo se dispuso animoso a llevar adelante una nueva y no menos ardua empresa. A Frisia dirige de nuevo su mirada y atención: a Frisia que había sido la primera meta de sus viajes apostólicos y donde también había después trabajado tanto. Esta nación yacía aún, sobre todo en la región septentrional, envuelta en las tinieblas de los errores del paganismo; a ella, pues, se encaminó con brío juvenil, a fin de engendrar nuevos hijos a Jesucristo y de llevar nuevos pueblos a la civilización cristiana. Era su ardiente deseo "recibir al salir de esta vida la recompensa allí mismo donde al principio, al inaugurar la carrera de su predicación, había comenzado a cosechar méritos" (18).

Con el presentimiento de que estaba ya muy cercano el fin de su vida mortal, se lo comunicó a su querido discípulo el Obispo Lulo, mientras le aseguraba que no quería esperar la muerte ocioso: "Deseo cumplir mi resolución de hacer este viaje; no puedo renunciar al deseo de partir. Pues el día de mi fin, el tiempo de mi muerte está ya encima; abandonada la cárcel del cuerpo, volveré a recibir el premio de la remuneración eterna. Tú, hijo queridísimo... llama sin cesar al pueblo del extravío del error, lleva a cabo la reconstrucción ya empezada de la basílica de Fulda, y traslada allí mi cuerpo envejecido en tantos años de vida" (19).

Habiéndose despedido, no sin lágrimas, de los suyos, con un puñado de compañeros, "recorrió... toda la Frisia, hizo abolir los ritos paganos y las depravadas costumbres de la gentilidad, predicó incansablemente la palabra de Dios, y con grande afán levantó iglesias, después de destruir los ídolos paganos. Bautizó... muchos millares de hombres, mujeres y niños" (20). Pero cuando llegó a la parte septentrional de Frisia, en el momento en que se disponía a conferir el sacramento de la confirmación a una muchedumbre de neófitos ya purificados con las aguas del bautismo, de repente se lanzó sobre ellos una turba enfurecida de gentiles, que blandiendo horribles lanzas y mortíferas espadas, amenazaba matarlos. Entonces el santísimo Obispo, adelantándose serenamente "prohibió a los suyos que combatiesen, diciéndoles: Basta hijos, de luchar; de

jar de batallar, porque la Escritura, que no puede engañarnos, nos enseña a no volver mal por mal, sino bien por mal. Ha llegado el día deseado; ha venido el tiempo natural de mi partida. Cobrad ánimo en el Señor... Mostraos esforzados, y no temáis a los que dan la muerte al cuerpo, porque no pueden matar el alma, que vivirá eternamente. Alegraos en el Señor, y anclad vuestra esperanza en Dios, quien en seguida os dará la recompensa y os concederá que os sentéis en la corte celestial entre los ciudadanos del cielo, los ángeles" (21). Excitados con estas palabras a conseguir la palma del martirio, todos puestos en oración levantando su espíritu y sus ojos al cielo, donde confiaban que en breve recibirían el premio eterno, soportaron el ataque de los enemigos, quienes ensangrentaron sus cuerpos en "la muerte feliz de los santos" (22). Cuando llegó a Bonifacio el momento de su martirio y "estaba a punto de ser herido por la espada, puso sobre su cabeza el libro del Santo Evangelio, para recibir debajo de él el golpe del verdugo y para que en su muerte le protegiese aquel Libro cuya lectura tanto la había deleitado en su vida" (23).

Con esta muerte gloriosa, que abre una puerta segura a la eterna bienaventuranza, San Bonifacio terminó el curso de su vida empleada por la gloria de Dios y la salvación propia y la de sus prójimos. Sus sagrados restos, después de varias vicisitudes, "fueron trasladados al lugar que en vida había escogido" (24), o sea, Monasterio de Fulda, en donde sus discípulos, derramando lágrimas, les dieron digna sepultura entonando los sagrados Salmos. A este sepulcro dirigieron su mirada, y aún la dirigen, llenas de veneración, muchedumbres de pueblo casi innumerables; porque les parece como si San Bonifacio hablase allí a todos aquellos a cuyos antepasados engendró para Jesucristo, llevándoles a una vida y civilización cristiana; habla decimos con el ardor de su caridad y piedad, con la invicta fortaleza de su espíritu, con su fe integérrima, con la actividad incansable de su apostolado hasta la muerte hermosada con la palma del martirio.

Apenas voló de esta vida mortal al cielo, comenzaron todos a exaltar su santidad con grandes alabanzas y a venerarlo privada y públicamente. Tan rápidamente se propagó la fama de su santidad, que en Gran Bretaña, poco después del martirio de San Bonifacio, Cuthbert Arzobispo de Cantorbery atestiguaba lo siguiente: "A este varón lo miramos con amor y lo veneramos con grande alabanza entre los más egregios y esclarecidos doctores de la fe ortodoxa. Por esta razón, en nuestro Sinodo general... hemos determinado que cada año se celebre solemnemente el día de su nacimiento para el cielo, juntamente con el escuadrón que con él sufrió el martirio" (25). Lo mismo hicieron ya de antiguo con igual piedad y fervor los pueblos de Alemania, Francia y otras naciones (26).

II

Pero ¿de dónde sacó San Bonifacio, Venerables Hermanos, tantas y tan incansable energía y tan invicta fortaleza de ánimo para afrontar tantos peligros y finalmente recibir la corona del martirio después de luchar hasta la muerte en la dilatación del Reino de Cristo? Sin duda alguna de la gracia de Dios, que continuamente pedía con fervorosas oraciones. Estaba tan encendido e impulsado por el amor de Dios, que nada deseaba tan ardientemente como unirse con El cada día más estrechamente, entretenerse en coloquio con El el mayor tiempo posible, manifestar su gloria aún entre naciones desconocidas, y rendirle el homenaje de veneración y de amor del mayor número posible de hombres. Con toda razón podía repetir, haciéndolo suyo, aquel

dicho del Apóstol de las Gentes: "La caridad de Cristo nos apremia" (27). Y también aquel otro: "¿Quién, pues, nos separará del amor de Cristo?". "¿Acaso la tribulación, la angustia, al hambre, le desnudez, el riesgo, la persecución o la espada?... Porque persuadido estoy de que ni la muerte ni la vida... ni lo presente ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hay de más alto o de más profundo, ni otra creatura alguna podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor" (28).

Una vez que esta divina caridad penetra los ánimos y los informa e impulsa, pueden también los hombres repetir con San Pablo: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (29); y, como enseña la historia de la Iglesia, nada hay que pueda contrarrestar ni dificultar sus esfuerzos y trabajos. Entonces, de manera maravillosa, se repite lo que sucedía en tiempo de los Apóstoles: "Por toda la tierra se difundió su voz, y hasta los confines del orbe llegaron sus palabras" (30). En esta forma el Evangelio de Cristo encuentra en ellos nuevos propagadores, a quienes, por estar animados de sobrenatural energía, no los pueden detener más que las cadenas como con tristeza vemos en nuestros días; no los puede parar más que la muerte, la cual, sin embargo, ennoblecida con la palma del martirio atrae siempre inmensas multitudes y hace surgir continuamente nuevos seguidores del Divino Redentor, como sucedió en tiempo de San Bonifacio.

Cuánto confiara este varón apostólico en la divina gracia, impetrada con súplicas y oraciones, para que sus empresas pudieran dar fruto abundante se hecha bien de ver en las cartas dirigidas al Romano Pontífice (31) o a aquellos amigos suyos que sobresalían por su santidad, o también a las religiosas de las comunidades que él mismo había fundado o que deseaba con sus sabios consejos formar en la perfección evangélica; a todos humilde y encarecidamente pedía le granjeasen con sus oraciones los socorros y dones celestiales. Nos complace recordar, por vía de ejemplo, lo que escribía a "las venerables y amadísimas hermanas Leobgida, Tecla y Cinehilda": "Os ruego y mando, como hijas muy queridas, que supliquéis a Dios en vuestras continuas oraciones, como confío lo habéis hecho hasta ahora lo hacéis al presente y lo haréis en lo venidero... Pues habéis de saber que alabamos a Dios y que las tribulaciones de nuestro corazón se han acrecido, para que el Señor, que es el refugio de los pobres y esperanza de los humildes, nos libre de nuestras necesidades y de las tentaciones de este mundo perverso, a fin de que la palabra del Señor se propague y sea conocido el glorioso Evangelio de Cristo, y para que la gracia de Dios no sea estéril en mí. Y puesto que soy el último y el peor de los heraldos que la Iglesia Católica, Apostólica y Romana ha mandado a predicar el Evangelio, rogad para que no muera privado de todo fruto del Evangelio" (32).

En estas palabras brilla su celo por dilatar el Reino de Cristo, celo que deseaba fortalecer con las continuas oraciones propias y de los demás, como también su humildad cristiana y su estrecha unión con la Iglesia Apostólica y Romana. Durante toda su vida conservó con cuidado y fervor esta unión íntima, de tal manera que puede decirse con razón que ella fue el firme y estable fundamento de su labor apostólica.

Aunque ya hemos insinuado antes, cuando tratábamos de sus peregrinaciones al Sepulcro de San Pedro y a la Sede del Vicario de Cristo, Nos queremos insistir sobre ello más de propósito, para que más claramente se vea su empeño en obedecer y acatar a nuestros predecesores, y por otra parte se manifieste también el grande amor de los Romanos Pontífices para con él.

La primera vez que vino a esta ciudad, para recibir de manos del Sumo Pontífice San Gregorio II la misión de predicar la palabra divina, este nuestro predecesor, apenas lo conoció, lo aprobó y alabó, y le escribió estas paternales palabras: "El piadoso propósito lleno de amor hacia Cristo que nos has manifestado y la relación fidedigna de tu sincera fe, que hemos recibido, exigen que te consideremos como colaborador nuestro en la predicación de la palabra divina que nos ha sido confiada por la gracia de Dios. Nos congratulamos con tu fe, y deseamos ayudarte con la gracia que nos has pedido... Por eso, en nombre de la indivisible Trinidad, en virtud de la inconcusa autoridad de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, cuyo magisterio desempeñamos por dispensación (divina) y cuyas veces hacemos en esta Santa Sede, invertimos a tu modesta y religiosa persona, y ordenamos que, fiado en la gracia de la palabra de Dios, predicando en nombre de Cristo Dios y Señor Nuestro con la fuerza persuasiva de la verdad" (33). Consagrado después Obispo por nuestro predecesor por sus insignes méritos, juró obediencia a él y a sus sucesores (34) e hizo esta solemne protesta: "Profeso la integridad y pureza de la santa fe católica, y, con la ayuda de Dios, quiero permanecer en la unidad de esa misma fe, en la cual, sin duda alguna se cifra toda la salvación de los cristianos" (35).

Semejante testimonio de obediencia y acatamiento no sólo los dió a San Gregorio II, sino también a los demás Romanos Pontífices que lo sucedieron siempre que se presentó la ocasión (36). Así, por ejemplo, escribía a nuestro predecesor San Zacarías, no bien se enteró de que había sido elevado al Pontificado: "No podíamos haber recibido noticia más grata, por lo que levantando nuestras manos al cielo, hemos dado gracias a Dios, pues que el Arbitro Supremo ha concedido que vuestra clemencia paternal regule el derecho eclesiástico y rija el timón de la Sede Apostólica, como si estuviéramos postrados ante vuestros pies, elevamos nuestra ardiente súplica, para que así como hasta ahora hemos sido devotos servidores y discípulos de vuestros predecesores en virtud de la autoridad de San Pedro, así ahora merezcamos ser siervos obedientes de vuestra piedad a norma del Derecho Canónico. No cese de invitar y aficionar a la obediencia de la Sede Apostólica a los que desean permanecer en la fe y en la unidad de la Iglesia Romana, y a cuantos, en esta misión mía, Dios me de por oyentes y discípulos" (37).

Y en los últimos años de su vida, cuando ya estaba envejecido y casi consumido por los trabajos, humildemente escribía a Esteban III, elegido recientemente Sumo Pontífice: "Desde lo más íntimo de mi corazón dirijo mi ferviente plegaria a la clemencia de Vuestra Santidad, para que merezca impetrar y obtener de la clemencia de vuestra gracia la familiaridad y la unidad con la Sede Apostólica; y, prestando servicio, como piadoso discípulo, a Vuestra Santa Sede Apostólica, pueda continuar siendo vuestro siervo fiel y devoto, de la misma manera que serví a la Sede Apostólica bajo vuestros tres predecesores" (38).

Con razón, pues, nuestro predecesor, de feliz memoria, Benedicto XV en el duodécimo centenario de la misión apostólica iniciada por este glorioso mártir entre los germanos, escribía a los Obispos de aquella nación: "Movido por esta firme fe e inflamado de esta caridad y piedad, Bonifacio mantuvo constantemente aquella fidelidad y unión con la Sede Apostólica, que había bebido ya en su patria, y en la oculta palestra de la vida monástica; que después, al comenzar el certamen público de su apostolado, había jurado solemnemente en Roma, sobre la Tumba de San Pedro Príncipe de los Apóstoles; y que finalmente, en medio de las luchas y de los combates, había proclamado como característica de su apostolado y como regla de la misión que había acep-

tado; más aún, a todos aquellos que había conquistado para el Evangelio, no cesó nunca de recomendarla instantemente y de inculcarla con tanta solicitud, que se la dejó como testimonio" (39).

Este modo de obrar de San Bonifacio, en el cual resplandece su fidelidad a los Romanos Pontífices, ha sido siempre imitado, como sabéis, Venerables Hermanos, por todos aquellos que tienen presente que el Príncipe de los Apóstoles ha sido puesto por el Divino Redentor como firme roca sobre la cual se funda todo el edificio de la Iglesia, la cual permanecerá hasta el fin de los siglos; y que a él han sido dadas las llaves del Reino de los Cielos y el poder de atar y desatar (40). Los que rechazan esta piedra fundamental y pretenden constituir fuera de ella no hacen sino echar sobre arena movediza los fundamentos de un edificio destinado a la ruina; y sus esfuerzos, sus obras y empresas, como todas las cosas humanas, no pueden ser sólidas, firmes y duraderas; sino que —como enseña la historia antigua y moderna— por la diversidad de opiniones discordantes y por las vicisitudes de los acontecimientos con el tiempo necesariamente han de cambiar.

Consideramos, pues, muy oportuno que en estas fiestas centenarias procuréis que se ponga en plena luz la estrechísima unión de este insigne mártir con la Sede Apostólica, como también sus gloriosos hechos; esto reafirmará la fe y fidelidad de los que siguen el magisterio infalible de los Romanos Pontífices, y no podrán menos de excitar saludablemente a la reflexión a aquellos que por cualquier motivo se hallan separados de los Sucesores de San Pedro, de manera que, con la ayuda de la divina gracia, emprendan de liberada y animosamente el camino que los conduzca felizmente a la unidad de la Iglesia. Nos así lo deseamos ardientemente, y lo pedimos al Dador de los bienes celestiales, a fin de que se cumpla finalmente el deseo ardiente de todos los buenos: que todos sean una misma cosa (41) y todos vuelvan al único redil para ver apacentados por un sólo Pastor (42).

Otra enseñanza, Venerables Hermanos, nos ofrece la vida de San Bonifacio, que a grandes rasgos hemos delineado. En el pedestal de la estatua que el año 1842 fue erigida en el Monasterio de Fulda y representa al Apóstol de Alemania, los visitantes leen esta sentencia: "La palabra del Señor dura eternamente" (43). No se podía haber esculpido una inscripción más significativa ni más verdadera. Uno tras otro, han pasado doce siglos; diversos pueblos han trasmitido de una a otra parte: tantas vicisitudes y guerras horribles se han sucedido: herejías y cismas han pretendido y pretenden rasgar la túnica inconsútil de la Iglesia; han caído formidables imperios y poderes humanos, que parecían no temer nada; opiniones filosóficas diversas que se esfuerzan por llegar a la cumbre del humano saber, se suceden unas a otras en el decurso del tiempo, tomando a veces nuevas apariencias de verdad. Pero la palabra que San Bonifacio predicó a los pueblos de la Germania, Galia y Frisia, como recibida de Aquel que vive eternamente, conserva su vigor también hoy, y es camino, verdad y vida para los que de buena voluntad la abrazan (44). No falta en nuestros días quienes la rechazan, quienes se esfuerzan por corromperla con falaces errores, quienes, conculcando la libertad debida a la Iglesia y aún a los mismos ciudadanos, pretenden con engaños, persecuciones y vejámenes, arrancarla de las almas y destruirla completamente. Como bien sabéis, Venerables Hermanos, no es nueva esta astucia: se ha visto empleada desde los primeros tiempos de la era cristiana, y el mismo Divino Redentor previno a sus discípulos con estas palabras: "Acordaos de aquella sentencia mía que os dije: 'No es el siervo mayor que su amo. Si me han perseguido a Mí, también os perseguirán a vosotros'" (45).

Sin embargo, Nuestro Redentor, para consolarlos, añadió: "Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos" (46). Y también: "Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren y os persiguieren, y dijeren con mentira toda clase de mal contra vosotros: gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo" (47).

No es, pues, de admirar si hoy también el nombre cristiano en algunas partes es objeto de odio, si la Iglesia en el cumplimiento de su divina misión en muchas partes es impedida de diversas maneras y con diversos métodos, si no pocos católicos se dejan engañar por falsas doctrinas con grave peligro de perder la salvación eterna. A todos nos aliente y anime la promesa del Redentor Divino: "He aquí que Yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos" (48); y nos alcance fuerza sobrenatural San Bonifacio, quien, a fin de llevar el Reino de Jesucristo entre los pueblos hostiles, no rehusó sufrir largos trabajos, ásperos caminos y la misma muerte, que afrontó confiado y valiente, derramando su sangre.

Obtenga él de Dios con su patrocinio esta invicta fortaleza de ánimo a aquellos sobre todo que hoy se encuentran en graves dificultades por la hostilidad de los enemigos de Dios; y guíe a todos a aquella unidad de la Iglesia, que fue su constante norma de vivir y obrar y su deseo eficaz, por el que activa y diligentemente trabajó durante toda su vida.

Esto es lo que Nos pedimos en nuestras oraciones a Dios, mientras a vosotros todos, Venerables Hermanos, y a la grey confiada a vuestros cuidados, impartimos la Bendición Apostólica, prenda de celestes dones y de nuestra paternal benevolencia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la fiesta de San Bonifacio Obispo y Mártir, a cinco de junio de mil novecientos cincuenta y cuatro, año décimo sexto de nuestro Pontificado.

Pío Papa XII.

NOTAS

- (1) Vita S. Bonifatii, auct. Willibaldo, ed. Levison (Hannoverae et Lipsiae, 1905), p. 21.
- (2) Ibid., e. 1.
- (3) Vita S. Bonifatii, auctore Otloho, ed. Levison, lib. I, p. 127.
- (4) S. Bonifatii Epistolae, ed. Tangl (Berolini, 1916), epist. 28, p. 49.
- (5) Cfr. Ibidem, Epist. 51, 57, 58, 60, 68, 77, 80, 86, 87, 89.
- (6) Ibidem, Epist. 108, pp. 233-234.
- (7) Ibidem, Epist. 73, p. 150.
- (8) S. Bonifatii, auctore Otloho, ed. Levison, lib. I, p. 157.
- (9) Ibidem, ed. Levison, lib. I, p. 158.
- (10) S. Bonifatii, Epist. ed. Tangl, epist. 86, pp. 193-194.
- (11) Cfr. Ibidem, Epist. 41, p. 66.
- (12) Cfr. Ibidem, Epist. 61, pp. 135-126.
- (13) Vita S. Bonifatii, auct. Willibaldo, ed. Levison, p. 40.
- (14) Cfr. Sirmund, Concilia antiqua Galliae (Parisii, 1629, t. I, 511 et sq.).
- (15) Cfr. S. Bonifatii Epist., ed. Tangl, epist. 28, pp. 49-52.
- (16) Cfr. Ibidem, Epist. 57, pp. 104-105; et epist. 59, p. 109.
- (17) Conf. Ibidem, Epist. 78, p. 163.
- (18) Vita S. Bonifatii, auct. Willibaldo, ed. Levison, pp. 46.
- (19) Ibidem, e. 1.
- (20) Ibidem, p. 47.
- (21) Ibidem, pp. 49-50.
- (22) Cfr. Ibidem, p. 50; et Vita S. Bonifatii, auct. Otloho et Levison, lib. II, p. 210.
- (23) Vita S. Bonifatii, auct. Raddobo, ed. Levison, p. 73.
- (24) Vita S. Bonifatii, auct. Willibaldo, ed. Levison, p. 54.
- (25) S. Bonifatii Epist. ed. Tangl, epist. 111, p. 240.
- (26) Cfr. Epistolae Lupi, Servati, ed. Levillain, t. I, (Parisii, 1927), epist. 5, p. 42.
- (27) II Cor. V., 14.
- (28) Rom. VIII, 35, 38, 39.
- (29) Phil. IV, 13.
- (30) Ps. XVIII, 5; Rom. X, 18.
- (31) Cfr. S. Bonifatii Epist., ed. Tangl, epist. 86, pp. 189-191.
- (32) Ibidem, epist. 67, pp. 139-140.
- (33) Ibidem, epist. 12, pp. 17-18.
- (34) Cfr. Ibidem, epist. 16, pp. 28-29.
- (35) Cfr. Ibidem, p. 29.
- (36) Cfr. Vita S. Bonifatii, auct. Willibaldo, ed. Levison, p. 25; ibidem, pp. 27-28; S. Bonifatii Epist., ed. Tangl, epist. 67, pp. 139-140; epist. 59, pp. 110-110; epist. 86, pp. 191-194; epist. 108, pp. 233-234.
- (37) Ibidem, epist. 50, p. 81.
- (38) Ibidem, epist. 108, pp. 233-234.
- (39) Epist. Enc. In hac tanta, A. A. S. 1919, pp. 216-217.
- (40) Cfr. Matt. XVI, 18-19.
- (41) Cfr. Jo. XVII, 11.
- (42) Cfr. Jo. XXI, 15, 16, 17.
- (43) Cfr. Petr. I, 25.
- (44) Cfr. Jo. XIV, 6.
- (45) Jo. XV, 20.
- (46) Matt. V, 10.
- (47) Ibidem, 11-12.
- (48) Id. XXVIII, 20.

CARTA APOSTOLICA CON OCASION DEL XVI CENTENARIO DE SAN AGUSTIN

A los amados hijos

Fernando Urquia, Abad General de la Congregación Lateranense del Santísimo Salvador;

Gebardo Koberger, Abad General de la Congregación de Canónigos Lateranenses de Austria;

Angelino Lovey, Abad Prepósito de la Congregación de los Santos Nicolás y Bernardo de Monte Jove;

Luis Haller, Obispo Tit. de Belén, Moderador Supremo de la Congregación Suiza de St. Maurice de Agaune;

Engelberto Eberhard, Morador General de la Orden de Ermitaños de S. Agustín

Eugenio Ayape de S. Agustín, Prior General de los Agustinos Recoletos.

Raimundo G. M. del Santísimo Sacramento, Prior General de los Agustinos Descalzos

(Quamquam)

PIO PAPA XII

Amados hijos,

Salud y Bendición Apostólica

Aunque, como ya advierte Agustín (ver Serm. 287, 1, Migne, P. L. XXXVIII, 1301, 292, 1, P. L. XXXVIII, 1320; Serm. 310, 1, P. L. XXXVIII, 1412-13), la Iglesia no acostumbra celebrar el nacimiento mortal de los Santos —exceptuados la Santísima Virgen y el Precursor de N. S. Jesucristo— sin embargo, la excelsa santidad del Obispo de Hipona y los fulgores de su saber divino y humano, son tales, que no es posible pasar en silencio su día natal que este año cumple el décimo sexto siglo. Deseamos y confiamos que de vuestra determinación de conmemorar este evento con las correspondientes celebraciones se obtendrán dos frutos saludables: que sea colocada en un plano más luminoso la doctrina de San Agustín, quien, con acérrima perspicacia y agudísima argumentación, no sólo descubrió, deshizo y dispersó todos los errores de su época, sino que también proporcionó inmejorables medios para redargüir y rechazar las falacias de nuestro tiempo; y que su eximia virtud y encendida actividad apostólica sean ejemplo para todos, en primer lugar para aquellos que, ligados por los santos votos, profesan pertenecer a su descendencia espiritual.

Después de que, por las lágrimas y preces de su piadosísima madre, teniendo como consejero y protector a Ambrosio, atraído por la gracia divina, había sido llamado a la integridad y unidad de la fe católica, anduvo tan rápidamente por la vía de la perfección evangélica y por el camino de todas las disciplinas, que trajo sobre sí la admiración y estima de todos. Los Pontífices Romanos le ensalzaron con alabanzas sumas; los grandes Concilios de la Iglesia, antiguos y modernos, usaron sus palabras para declarar y asegurar los dog-

mas de la Religión católica; los Santos Padres y los Doctores, al defender la verdad cristiana, se acogieron a sus escritos, extrayendo de ellos sentencias efímasimas y sapientísimas. Y, por citar algunos ejemplos, Jerónimo le calificó de esta manera: "Tú eres celebrado en el mundo. Los católicos te veneran y te proclaman como restaurador de la antigua fe y, lo que es señal de mayor gloria, todos los herejes te detestan" (Episto. 195; Migne P. L. XXXIII, 891). En nuestros días nuestro Predecesor de pía memoria León XIII, al tratar de los Santos Padres que ilustraron la Iglesia con sus doctrinas, así escribe: "...parece que a todos arrebató la palma Agustín, aquel genio poderoso que, penetrado a fondo de todas las ciencias divinas y humanas, combatió gallardamente todos los errores de su época con gran fe y no menos doctrina. ¿Qué punto de la filosofía no ha tocado? Mejor dicho ¿en cuál no ha profundizado, lo mismo al explicar a los fieles los más altos misterios de la fe que al defenderlos contra los rudos ataques de los adversarios?... ¿Cuánto no escribió sutilísimamente acerca de los ángeles, del alma, de la mente humana, de la voluntad y del libre arbitrio; de la religión y de la vida bienaventurada, del tiempo y de la eternidad, de la naturaleza misma de los cuerpos mudables?" (Encicl. Aeterni Patris; A. L. vol I, p. 270).

Nuestro inmediato antecesor de memoria imperecedera, Pío XI, con ocasión del décimo quinto centenario de la muerte de Obispo de Hipona, publicó una Encíclica exaltando la suma sabiduría de Agustín, sus grandes méritos y gestas, "al que por la fuerza de su agudísimo ingenio, como él escribe por la amplitud y profundidad de sus conocimientos, por la santidad llevada a un grado tan sublime, por la invicta defensa de la verdad católica, casi ninguno o muy pocos hay que puedan compararse, desde el principio del mundo hasta nuestros días" (Encicl. Ad salutem; A. A. S. 1930, p. 233).

Si para todos es utilísimo meditar la vida de S. Agustín y leer con frecuencia sus escritos, creemos que es particularmente oportuno para aquellos que yacen miseramente atados por el pecado, y desean con vehemencia verse librados finalmente del mismo. Parece como si les dirigiese las palabras que en un tiempo dirigía al pueblo a él encomendado: "Mientras se vive aquí abajo, hermanos míos, es así: nosotros que somos ya viejos en esta batalla, tenemos menos enemigos, pero todavía los tenemos... La batalla de los jóvenes es más áspera, nosotros la conocemos, hemos pasado por ella... Mientras lleváis ese cuerpo mortal, combate contra vosotros el pecado, pero que no os domine. ¿Qué quiere decir que no os domine? Que no se debe obedecer a sus deseos. Si empezáis a obedecerle, él domina. Y ¿qué significa obedecer, sino prestar vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad?... No queráis prestar tus miembros al pecado como instrumento de iniquidad" (S. Aug., Serm. 128, c. 9-10, n. 11-12; Migne P. L. XXXVIII, 719).

Aquellos que, atraídos antes por los encantos de los pecados se encontraban como encadenados, al conseguir finalmente romper los vínculos, pueden repetir, dirigiéndose a Dios humildemente, estas bellísimas palabras de Agustín: "Y así Vos siempre estabais junto a mí castigándome misericordiosamente y rociando de amarguissimos sinsabores todos mis placeres ilícitos, para que así buscara el goce sin contrariedad y no pudiera encontrarlo fuera de Vos ¡oh Señor!" (Idem, Confess., lib. II, c. 2, n. 4; Migne, P. L. XXXII, 676-677). Y la tan conocida frase: "Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti" (Ibid., lib. I, c. 1, n. 1; Migne, P. L. XXXII, 661).

Ni es menos útil meditar con ánimo atento los escritos del Obispo de Hipona para aquellos que vagan por los caminos del error lejos de la doctrina

católica, pero tienen hambre y sed de la verdad. A todos estos les consuela Agustín con aquellas amantísimas palabras: "Ensiñense contra vosotros los que no saben con cuánta fatiga se descubre la verdad y con qué dificultades se evitan los errores.... pero yo, que, después de un largo y tremendo esfuerzo, pude llegar al conocimiento de aquella verdad que se percibe sin mezcla de vanas fábulas, que finalmente todas esas fantasías, que os tienen agarrados y maniatados por una larga costumbre, busqué con curiosidad, escuché con atención y creí temerariamente... no puedo ensañarme contra vosotros" (Idem, *Contra Epist. Manichaei*, *auam vocant fundamentum*, c. 2-3, n. 2-3; Migne, P. L. XXXII, 174-175). Y con benevolencia suma y caridad les exhorta a que dirijan el ánimo confiado a aquel, de quien únicamente puede venir la luz a las inteligencias, y a quien pedirán la verdad rogando modestamente: "Ve a Cristo, dice él, allí se encuentra tu fin: fuera de allí, el camino" (Idem, *X in Epist. Jo.*, 5 Migne, P. L. XXXV, 2057). "Y quienquiera abandona su principio y se aleja de su Creador, cual río en el mar, precipita en la malicia amargante de este mundo" (Idem, *Enarr. in Ps. 113*, *Serm. L. n. 7*; Migne, P. L. XXXVIII, 1479). En otro lugar movido por una conmiseración profunda hacia los que, captados por los fugaces resplandores de la doctrina vacía, solamente prestan fe a las palabras de la humana sabiduría y no aceptan otra cosa, se expresa así: "¡Infeliz, en verdad, el hombre, que sabiendo todo te ignora a ti, Dios y Señor mío: feliz en cambio, quien te conoce a ti y a aquellas; no es más feliz por causa de aquellas, sino únicamente es feliz por ti, si conociéndote, te glorifica como Dios, te da gracias y no devanea en sus discursos" (Idem, *Confess.*, lib. V, c. 4; Migne, P. L. XXXII, 708).

Leyendo con ánimo atento éstos y otros escritos del Obispo de Hipona, principalmente los que tratan de la universalidad o "catolicidad" de la Iglesia, de tal modo fue conmovido aquel preclaro varón y acérrimo investigador de la verdad, H. Newmann (ver H. Newmann, *Apol.*, ed London 1890, pp. 116-117), que, rechazadas todas las opiniones prejuzgadas, con el grande y sincero ánimo que poseía, se refugió espontáneo y con agrado en el único refugio de Jesucristo.

Si para los errantes y para los que se encuentran atados por los lazos de las culpas es Agustín un excelente maestro y exhortador, para aquellos que, como vosotros, tienden con pronto y estudioso ánimo a la perfección evangélica de la vida, el Obispo de Hipona se presenta como el ejemplar al que hay que imitar fervidamente. No bien, abandonados los derroteros del error y del pecado, se situó en el recto camino de la verdad y de la virtud, corrió con paso tan apresurado que llegó al ápice de la santidad y nada tan ardientemente deseaba como amar a Dios y unirse a Él estrechísimamente. Expresaba estos consejos como dados así mismo: "No... has sido llamado a abrazar la tierra, sino a conseguir el cielo; no has sido llamado a la felicidad terrenal, sino a la celestial; no a las conquistas temporales y prosperidad voluble y transitoria, sino a la vida eterna con los ángeles" (Idem, *Serm. 296*, c. 6, n. 7; Migne, P. L. XXXVIII, 1356). Y hace notar lo expresado con tan bellísimas palabras: "Con el fin de ser algo, el hombre se dirige a aquel que le creó. Alejándose se enfriaba; acercándose hierve; alejándose se obscurece, acercándose se ilumina. De quien recibe el ser, en él encuentra el ser bien" (Idem, *Enarr. in Ps. 70 Ser. II n. 6* Migne, P. L. XXXVI, 896).

Estas sentencias que para todos pueden ser saludables, lo deben ser principalmente para los que, por el tenor de vida abrazado, han de vivir de manera que, amando, rezando y obrando, se unan cada día más íntimamente a

Jesucristo y, fortificados e impulsados por esta amistad y gracia divina, atraigan a los demás, en gran número, en la medida de sus fuerzas, hacia Él, sea la exhortación, sea con la acción hábil y el ejemplo de la resplandeciente virtud propia de cada uno.

A vosotros, pues, en primer lugar ofrece Agustín la invitación y el ejemplo de santidad que seguir e imitar; a vosotros, Nos referimos, que habéis abrazado la forma de vida evangélica y común —adaptada naturalmente a nuestros tiempos y ajustada a las peculiares instituciones y prescripciones de cada una de vuestras familias religiosas— que él propuso al clero de su diócesis con frutos tan ubérrimos y con normas sapientes por él dadas.

Sean éstos los saludables frutos, que deseamos y pedimos a Dios con insistente ruego, de la celebración de este centenario, los que el Obispo de Hipona os obtenga a todos vosotros con su patrocinio y haga más copiosos continuamente por la gracia divina.

Entre tanto sea auspicio de esta divina gracia y prueba de nuestra paternal benevolencia la Bendición Apostólica que a vosotros amados, hijos y a todas las Sociedades Religiosas encomendadas a vuestro cuidado, de todo corazón en el Señor damos.

Dada en Roma, junto a S. Pedro, el día 25 del mes de julio del año 1954, décimo sexto de nuestro Pontificado.

PIO PP. XII

PLEGARIA DEL SUMO PONTIFICE EN REPARACION DE LA BLASFEMIA

Con motivo de las jornadas de reparación contra la blasfemia, organizadas por el Comité para el Año Mariano, con aprobación del Santo Padre, durante los días 8 al 12 del corriente mes, el Augusto Pontífice se ha dignado componer la siguiente oración que él mismo dijo por primera vez a través de la Radio Vaticana a las 8 de la noche (hora italiana) del día 11:

Augustísima Trinidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— que si bien desde toda la eternidad en ti y por ti infinitamente feliz, te dignas aceptar benignamente el homenaje que desde la creación universal se eleva hasta tu excelso trono; te rogamos que alejes tus ojos y apartes tu oído divino de los desventurados que, o cegados por la pasión o arrastrados por el impulso diabólico, inicua y blasfemamente tu nombre y el de la purísima Virgen María y de los Santos.

Detén, Señor, el brazo de tu justicia, que podría reducir a la nada a quienes osan hacerse reos de tanta impiedad.

Acepta el himno de gloria que sin cesar eleva toda la naturaleza: desde el agua de la fuente que fluye límpida y silenciosa, hasta los astros que resplandecen y se mueven en carrera inmensa, por Amor movidos, en lo alto de los cielos. Acoge como reparación el coro de alabanzas que, como incienso

ante los altares, sube de tantas almas santas que caminan, sin desviarse jamás, por los senderos de tu ley, tratando de aplacar tu justicia ofendida con asiduas obras de caridad y de penitencia; escucha el canto de tantos espíritus selectos que consagran su vida a celebrar tu gloria, la perenne alabanza que a todas las horas y bajo todos los cielos te ofrece la Iglesia. Y haz que algún día, convertidos a ti los corazones blasfemos, todas las lenguas y todos los labios sirvan para entonar concordes acá en la tierra ese cántico que resuena sin fin en los coros de los ángeles: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. ¡Así sea!

PIO PP. XII

(Mil días de indulgencia cada vez).

DISCURSOS DEL SANTO PADRE

I

EN LA PASCUA DE RESURRECCION DE 1954

De la misma manera que los discípulos de Jesús se recogieron, cuando la víspera de la primera Pascua vieron al Maestro resucitado volver en medio de ellos, triunfante de la muerte, así también vosotros, amados hijos e hijas, abris vuestros corazones a la alegría de este día solemne, y acogéis confiados el saludo de paz, que Nos, Vicario del Divino Redentor en la tierra, repetimos en su nombre a la Iglesia y a la familia humana. "Gavisí sunt discipuli, viso Domino. Dixit ergo eis iterum: Pax vobis" (Jo. 20, 20-21). Y los discípulos se alegraron viendo al Señor. Y Jesús les dijo de nuevo: La paz sea con vosotros.

Al dar humildemente gracias a la divina clemencia por habernos concedido el inestimable favor de celebrar junto con vosotros esta sagrada festividad, no queremos dejar de manifestaros Nuestra paternal gratitud por el filial afecto y las devotas oraciones que habéis confortado Nuestro corazón durante Nuestra reciente indisposición.

Cuanto deseáramos que se difundiese sobre todos los hombres el gozo de la Pascua cristiana, de tal manera que la Iglesia pudiera cantar en la plenitud de toda su extensión: "In resurrectione tua, Christe, coeli et terra laetentur" (Brev. Rom. Dom. in Albis, ad Laudes). En tu resurrección, oh Cristo, se alegran los cielos y la tierra! Pero si bien en los cielos todo es paz y alegría, la realidad de la tierra es muy diferente. Aquí, en lugar del sereno regocijo, cuyo secreto fue ya revelado por Cristo, aumenta de año en año la ansiedad y como si dijéramos el espanto de los pueblos ante el temor de un tercer conflicto mundial y de un terrible futuro, puesto a merced de nuevas armas destructoras, de inaudita violencia.

Armas —como tuvimos ocasión de expresar y de temer ya en febrero de 1943— aptas para producir "en todo el planeta una peligrosa catástrofe". (Acta Ap. Sedis, 1943, pág. 75), para llevar al exterminio total de la vida animal y vegetal y de todas las obras humanas y regiones cada día más vastas; armas capaces hoy, con los isótopos artificiales radioactivos de larga vida media, de inficionar en forma duradera la atmósfera, el suelo, los océanos mismos, incluso lejos de las zonas atacadas directamente y contaminadas por las explosiones nucleares. Y así, ante todo los ojos del mundo aterrorizado,

existe la previsión y destrucciones gigantescas, de extensos territorios hechos inhabitables y no utilizables para el hombre, además de las consecuencias biológicas que pueden producirse, ya sea por cambios inducidos en los gérmenes y microorganismos, ya por el resultado incierto que un prolongado estímulo radioactivo puede tener sobre los organismos mayores, comprendido el hombre, y sobre su descendencia. A este propósito no queremos dejar de aludir al peligro que para las generaciones futuras podría presentar la intervención mutágena obtenible o acaso ya obtenida con nuevos medios, para desviar su natural desarrollo el patrimonio de los factores hereditarios del hombre: incluso porque entre semejantes desviaciones probablemente no faltarían aquellas mutaciones patógenas que son la causa de enfermedades transmisibles y de las monstruosidades.

Por nuestra parte, aunque no Nos cansaremos de procurar que, mediante acuerdos internacionales —salvo siempre el principio de la legítima defensa— (Véase sin embargo Acta Ap. Sedis, 1953, pág. 738-749) pueda ser eficazmente proscrita y alejada la guerra atómica, biológica y química (ibid., pág. 749), preguntamos: ¿Hasta cuando los hombres han de querer sustraerse al saludable fulgor de la Resurrección, esperando en cambio seguridad de los replandores mortíferos de los nuevos artefactos de guerra? ¿Hasta cuándo estos opondrán sus designios de odio y de muerte a los preceptos del amor y a las promesas de vida traídas por el Divino Salvador? ¿Cuándo se darán cuenta los rectores de las naciones que la paz no puede consistir en una exasperante y dispendiosa relación de terror mutuo, sino en la máxima cristiana de la caridad universal, y en particular en la justicia voluntariamente actuada, más bien que sonsacada, y en la confianza más bien inspirada que exigida? ¿Cuándo acaecerá que los sabios del mundo enderecen los admirables descubrimientos de las fuerzas profundas de la materia exclusivamente a fines de paz, para proporcionar al trabajo del hombre energía a poco costo, lo que mitigaría la escasez y corregiría la desigual distribución geográfica de las fuentes de bienes y de trabajo, así como también para ofrecer nuevas armas a la medicina, a la agricultura, y a los pueblos nuevas fuentes de prosperidad y de bienestar?

Pero entre tanto, mientras la angustia parece hacerse más acuciante, he aquí que se irradia en el suave resplandor de la Pascua, florecida este año bajo el sol virginal de María, la dulce sonrisa de la Madre de Jesús y Madre nuestra, gloriosa también Ella al lado de su Hijo. De esta forma extiende hoy el manto de su inefable ternura esta Madre amantísima, particularmente sobre los que viven en la obscuridad y en el dolor.

Oh María, que brillas en este día con más viva luz, sé Tú el símbolo y la fuente de la reconciliación de los hombres entre sí y con Jesús, su Señor y Redentor. Aumenta la fe de los que te invocan. Haz brillar ante sus ojos la esperanza de los bienes incorruptibles, la redención de los cuerpos y de las almas, objeto de sus ardientes deseos, cuyas primicias por decirlo así contemplan en Jesús y en Ti misma. Ayúdalas a llevar el peso del humilde y muchas veces duro trabajo de cada día, y confortálas con la esperanza de la eterna y perfecta Pascua de la grande familia humana en la casa del Padre, y en medio de los resplandores del Cielo. Así sea.

II

EN LA CANONIZACION DE S. PIO X

(Mayo 29 de 1954)

Esta hora de espléndido triunfo —que Dios, que ensalza a los humildes, ha preparado y, como si dijéramos, apresurado, a fin de estampar su sello en la maravillosa elevación de su siervo fiel Pío X a la gloria suprema de los altares—; esta hora, decíamos, de espléndido triunfo colma nuestro corazón de júbilo, una alegría que vosotros, venerables hermanos y amados hijos, compartís abundantemente con vuestra presencia aquí.

De corazón, pues, tributamos gracias a Dios que en su bondad nos permitió participar en este acontecimiento memorable sobre todo porque quizá desde los primeros tiempos de la historia de la Iglesia, proclama la formal canonización de un Papa quien tuvo el privilegio de servirle en la Curia Romana.

Esta es una jornada bendita y memorable, no sólo para Nos, que la tenemos por uno de los días más felices de nuestro pontificado, que de otro modo la Providencia ha señalado con tantos sufrimientos y preocupaciones, sino también para toda la Iglesia entera, que se ha reunido en espíritu alrededor de nosotros, y se alegra con todos en una fiesta de profunda emoción religiosa.

En esta hermosa jornada el amable nombre de Pío X, pronunciado en los más diversos acentos, recorre de labio en labio toda la anchura de la tierra y resuena como testimonio inmortal de la fecunda presencia de Cristo en su Iglesia, al evocar en todas partes deseos de santidad, insignes gracias de fe, de pureza y de devoción en la Sagrada Eucaristía.

Dios que da la recompensa con generosidad, proclama la nobilísima santidad de su siervo al exaltarle, pues fue esa santidad, más que el oficio supremo que sustentara en vida, lo que hizo a Pío X un héroe sobresaliente de la Iglesia, y como tal le eleva la Providencia como un santo de nuestro tiempo.

Es precisamente bajo este criterio que queremos considerar la gigantesca y a la vez humilde figura del santo Papa, para que cuando se apaguen las luces de este día inolvidable y se pierdan los gritos de hosanna, el rito solemne de esta canonización pueda descender sobre vuestras almas y contribuya a la salvación del mundo.

1. Desde su primera encíclica ("E Supremi", del 4 de octubre de 1903) anunció solemnemente el programa de su pontificado, para declarar que su única meta era "restaurar todas las cosas en Cristo" (Efesios, I, 10), esto es, en síntesis, restaurar todas las cosas a la unidad en Cristo. Pero ¿dónde está el camino que a Cristo conduce? se preguntaba al mirar con compasión a la vacilante muchedumbre de almas sin rumbo en su tiempo. Y la respuesta válida ayer, hoy y siempre, era la misma: en la Iglesia. Su meta primordial, que persiguió sin desmayos hasta la muerte fue hacer a la Iglesia cada vez más eficaz, adecuada y lista a recibir el movimiento de las almas hacia Cristo.

Por esto concibió la magna empresa de reformar la estructura de la ley eclesiástica en tal manera que la Iglesia tuviese una vida mejor ordenada, mayor seguridad en los movimientos y asimismo mayor flexibilidad de acción, como lo exigía una era que se caracterizó por un dinamismo y una complejidad cada día creciente.

Es verdad que esta obra, que él mismo llamó "realmente una ardua tarea", estaba muy de acuerdo con su gran sentido práctico y el vigor de su carácter, aunque de ningún modo puede encontrarse en el sólo temperamento de este hombre la razón suprema para embarcarse en tan difícil tarea.

El resorte de la obra legisladora de Pío X hay que buscarlo ante todo en su santidad personal, en su profunda convicción personal de la realidad de Dios, que sentía en una vida de unión constante, como fuente y fundamento de todo orden, de toda justicia y ley sobre la tierra. Donde está Dios hay orden, justicia y derecho; y de igual manera, todo orden garantizado por ley proclama la existencia de Dios.

Pero ¿qué institución sobre la tierra podía demostrar esta relación entre Dios y la ley con mayor claridad y validez que la Iglesia, el cuerpo místico de Cristo mismo?

Dios ha bendecido con abundancia esta obra del santo Pontífice, al punto que el Código de Derecho Canónico actual será para las edades futuras el gran monumento a su Pontificado, y él mismo será llamado con justicia el santo providencial de nuestro tiempo.

¿Penetrará este espíritu de justicia y de ley que Pío X testimonió y puso como ejemplo al mundo moderno, en la sala de deliberaciones de los pueblos, donde se discuten los problemas que más seriamente afectan a todo el linaje humano; y en particular, los métodos de proscribir para siempre el temor de cataclismos aterradores, y de garantizar para todos los pueblos una feliz y prolongada tranquilidad y paz?

2. En la segunda de sus distinguidas conquistas, Pío X se revela como el campeón indomable de la Iglesia, y el santo providencial de nuestro tiempo: en circunstancias dramáticas, esa conquista parecía la lucha de un gigante en defensa de un tesoro invaluable: la unidad interna de la Iglesia en su más íntimo fundamento, la Fe. Aún desde los años de su infancia, la Providencia Divina iba preparando al santo en su humilde familia, fundada sobre la autoridad, los santos hábitos y la práctica diligente de la fe. Sin duda otros Pontífices tuvieron con frecuencia que combatir y rechazar los asaltos que se lanzaban contra los fundamentos mismos de la Iglesia. Pero tenemos que reconocer que la perspicacia y la fortaleza con que Pío Décimo libró una batalla victoriosa contra los errores del modernismo son testimonio del grado heroico con que la virtud de la fe ardía en el santuario de su corazón.

Preocupado singularmente de que la herencia de Dios se conservase intacta para los fieles a su cuidado encomendados, el Soberano Pontífice no conoció debilidades cuando trataba con personas de dignidad o de autoridad, ni manifestó titubeo alguno cuando afrontaba doctrinas atroyentes sí, pero falsas, dentro o fuera de la Iglesia; ni jamás dió la menor señal de temerarse vejámenes personales o interpretaciones injustas de sus puras intenciones. Abrió siempre la pristina convicción de que luchaba por la santa causa de Dios y de las almas, de tal modo que las palabras que el Señor dirigió al Apóstol Pedro son literalmente verídicas en él: "Rogué por ti, para que no desfallezca tu fe; y tú, un día a tu vez, confortas a tus hermanos" (Lucas, XXII, 32).

La promesa y el mandato de Cristo infunden una vez más en la roca indefectible de sus Vicarios, el valor invencible de un atleta: es justo que, al otorgarle la suprema gloria en esta hora y en este lugar donde la ilustre gloria de Pedro ha brillado por siglos uniéndoles en una misma exaltación, la Iglesia presente a Pío X la ofrenda de su gratitud, e invoque al mismo tiempo su intercesión para salvarse de nuevos y parecidos conflictos.

La segunda conquista, pues, que consideramos, cual es la conservación de una íntima alianza entre la fe y la ciencia, es un bien tan estupendo y noble para toda la humanidad, que este jalón del santo Pontífice ejerce todavía una influencia notable, inclusive más allá del mundo católico.

Toda teoría que como la del modernismo separe la fe de la ciencia en su origen y en su objeto, y las oponga una a la otra, provoca en estas dos esferas tan vitales un cisma perniciosísimo, al punto que "una simple escisión es más que la muerte".

De hecho se han comprobado estas consecuencias. El hombre que en la alborada de este siglo se encontraba ya dividido en su interior, aunque viviese engañado con la ilusión de que poseía unidad bajo las apariencias superficiales de una armonía y una felicidad que fundaba en progresos puramente terrenos, pareció despedazarse ante el golpe de una realidad del todo diferente.

Con mirada vigilante, Pío X vio el advenimiento de esta calamidad espiritual para el mundo moderno, esta desilusión amarga que afectaba en especial la cultura de las clases, y comprendió que esa fe movetizada, es decir, esa fe que no se fundaba en la revelación de Dios sino en un suelo puramente humano, llevaría a muchos al ateísmo. De igual manera reconoció el destino fatal de una ciencia que, contra la naturaleza y en una limitación premeditada, obstruía la senda hacia la Verdad absoluta y hacia el Bien, no dejando otro recurso al hombre sin Dios y confundido ante la invencible oscuridad con que todo aparecía revestido, que la actitud de la angustia, o la actitud de la arrogancia.

El Santo afrontó este mal mortal con la única salvación posible y real: la verdad bíblica, la verdad católica, la verdadera fe que se transluce en aceptarla "como razonable servicio" (Romanos, XII, 1) hacia Dios y su revelación. Al coordinar la fe y la ciencia: la fe como la extensión sobrenatural, y a veces como confirmación de la ciencia, y la ciencia como el camino que lleva a la fe, Pío X devolvió a los cristianos la unidad y la paz del espíritu, que son las premisas indispensables de la verdadera vida.

Si hoy existen muchos que, a impulsos, como si dijésemos, de la vaciedad y la tristeza de su abandono, han acudido a esta verdad y la han comprendido en la firme posesión de la Iglesia, se lo deben a la clarividencia y al empeño de Pío X; es más: de hecho los creyentes que gozan de la plena luz de la verdad, y los que sinceramente buscan todavía la verdad, tienen una deuda de gratitud con él, que la protegió del error. Para otros, su firme actitud ante el error puede ser todavía una piedra de escándalo, aunque en realidad fue el servicio supremo que rindió a toda la humanidad la caridad insigne de este Santo que era Jefe de la Iglesia.

3. La santidad que fue la inspiración y la fuerza motriz de los empeños antes mencionados de Pío X, brilla con mayor claridad en su vida privada: antes de aplicarla a otros, puso en práctica en su propia conducta la determinación de restaurar todas las cosas en Jesucristo. Primero como humilde cura, luego como obispo, y finalmente como Pontífice Supremo, estuvo siempre firmemente convencido de que la santidad a la que Dios le llamaba era la santidad del sacerdocio. Porque ¿qué santidad agrada más a Dios en un sacerdote del Nuevo testamento que la que le pertenece de hecho como representante de Jesucristo, Eterno Sumo Sacerdote, que dejó a su Iglesia en el Santo Sacrificio de la Misa la conmemoración para todos los tiempos y la renovación perpetua de su sacrificio en la Cruz, hasta que venga El con el juicio final? (I Cor. XI, 24-26). Y El se ha dado a Sí mismo en el sacra-

mento de la Sagrada Eucaristía como alimento del alma: "Quien, como este Pan tendrá vida eterna..." (Juan, VI, 59).

Sacerdote ante todo en el ministerio eucarístico. Es éste el retrato más fiel de San Pío X. Servir el ministerio de la Sagrada Eucaristía, como sacerdote, y cumplir el mandato de nuestro Salvador: "Haced esto en memoria mía" (Lucas, XXII, 19) fue su meta. Desde el día de su ordenación sagrada hasta el día de su muerte como Papa, no conoció otra fe que ésta para llegar al heroísmo en su amor a Dios y para efectuar este retorno entusiasta hacia el Redentor del mundo. Quien por medio de la Sagrada Eucaristía "derrama el tesoro de su divino amor sobre los hombres" (Concilio de Trento, XIII, c. 2).

Una de las más convincentes pruebas de la conciencia de su sacerdocio reside en el cuidadoso empeño que puso en renovar la dignidad del culto divino. Tras vencer los prejuicios nacidos de una práctica errónea, equivocada, fomentó resueltamente la comunión frecuente e incluso diaria de los fieles, y sin titubeos llevó a los niños al Banquete del Señor, y les ofreció el abrazo de Dios oculto en los altares. Así floreció para la Iglesia de Cristo una nueva primavera de vida eucarística.

En la profunda visión que él tenía de la Iglesia como una sociedad, Pío X reconoció que sólo la Sagrada Eucaristía tenía el poder de alimentar y nutrir su vida íntima, y de levantarla muy por lo alto de las otras sociedades todas. Solamente la Eucaristía, en que Dios se da al hombre, es capaz de poner los fundamentos de una vida social digna de quienes la viven, fundada más en el amor que en la autoridad, rica en actividad nobles y encaminada a la perfección del individuo: una vida que "se oculta con Cristo en Dios".

Qué ejemplo más providencial para el mundo de hoy, donde la sociedad terrena se torna más y más intrincada y oscura y trata febrilmente de volver a descubrir su propia alma. Que alce sus ojos a la Iglesia en busca de modelo, reunida ante los altares. Allí en el Sacramento de la Eucaristía la humanidad realmente descubre y reconoce que su pasado, su presente y su futuro están en la unidad con Cristo (Concilio de Trento, cf. 1 c.).

Consiente de su solidaridad en Cristo y con sus prójimos, y firme en ella, cada miembro de ambas sociedades, la terrena y la sobrenatural, podrá encontrar en el altar una vida interior de dignidad y de estima personal, que hoy se ha perdido casi ante los golpes de la técnica y de una excesiva organización de la existencia, del trabajo y aún de las recreaciones. Solamente en la Iglesia, parece repetir el Santo Pontífice, y en la Sagrada Eucaristía se encuentra "la vida oculta con Cristo en Dios", social renovada.

De aquí surge la grave responsabilidad del ministro del altar, cuyo deber consiente en abrir a las almas el tesoro salvador de la Eucaristía. Muchas son, en verdad, las actividades que un sacerdote puede ejercer por la salvación del mundo contemporáneo; pero la más eficaz de todas ellas es, sin duda, por lo duradero de sus efectos, el actuar como dispensador de la Sagrada Eucaristía después de alimentarse primeramente en ella con abundancia. De modo que sus obras dejarán de ser sacerdotales si, aunque sea impulsado por el celo de las almas, pusiese su vocación eucarística en un lugar secundario. Que los sacerdotes conformen sus almas a la sabiduría inspirada de Pío X, y que ejerzan confiadamente todo el apostolado bajo el signo de la Sagrada Eucaristía.

De igual manera los religiosos —hombres y mujeres—, que viven bajo el mismo techo con Jesucristo y se alimentan de su Cuerpo diariamente,

tomen como norma segura en el logro de la santidad propia de su estado. lo que el santo Pontífice dijo una vez en ocasión solemne: que los vínculos que por sus votos y su vida en comunidad les unen a Dios, no deben subordinarse a ninguna otra actividad, no importa cuán legítima sea, en el bien del prójimo (cf. Carta al Rdm. Hno. Gabriel Mariae, Superior General de los HH. de las EE. CC., 2 abril 1905; Pío X P. M., Act., v. II, pp. 87-88).

En la Sagrada Eucaristía el alma encuentra las raíces que nutren su vida interior, un tesoro fundamental que no es sólo patrimonio de las almas consagradas al Señor, sino también una necesidad para cada cristiano, a quien Dios ha llamado a la salvación.

Sin vida interior, toda actividad, no importa cuán digna de alabanza, pierde el mérito y se vuelve puramente una acción mecánica sin efecto vital.

La Santa Eucaristía, y la vida interior: esta es la lección suprema y universal que Pío X enseña en esta hora a todas las almas desde la cumbre de su gloria: como apóstol de la vida interior, se vuelve en la edad de la máquina, de la técnica y de la organización, el Santo y guía de los hombres de nuestro tiempo.

¡Oh San Pío X, gloria del sacerdocio, luz y honra del pueblo cristiano! Tú, en quien se confundían la humildad y la grandeza, la austeridad y la bondad, la piedad sencilla y la profunda sabiduría; Tú, el Papa de la Eucaristía y del Catecismo, de inquebrantable fe y fortaleza impertérrita, vuelves tus miradas a la santa Iglesia, que Tú amaste tanto y a la que consagraste lo mejor de los tesoros con que la generosa mano de la Divina Bondad enriqueció tu alma: obtén para ella la seguridad y la firmeza entre las dificultades y persecuciones de nuestros tiempos; alienta a esta pobre raza humana, cuyos sufrimientos detuvieron los latidos de tu gran corazón; intercede para que este mundo atribulado contemple al fin el triunfo de esa paz que es armonía entre las naciones, acuerdo fraternal y caridad entre los hombres; para que los ardientes deseos que consumieron tu vida apostólica puedan por tu intercesión convertirse en bendita realidad, que redunde en gloria, de Nuestro Señor Jesucristo, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

III

A LOS EMMOS. CARDENALES Y A LOS EXCMOS. OBISPOS VENIDOS A ROMA PARA LA CANONIZACIÓN DEL BEATO PIO X.

(31 Mayo de 1954)

Venerables Hermanos:

"Si amas... apacienta". En esta recomendación dirigida al Apóstol Pedro, y que se lee en el Introito de la Misa de uno o varios Sumos Pontífices, nos da a entender admirablemente Nuestro Divino Salvador cuál es la razón de ser de la labor apostólica, su fuerza suprema y el origen o fuente de sus méritos. Siguiendo las huellas de Jesucristo, Pontífice y Pastor eterno, quien

para provecho nuestro enseñó grandes verdades, obró maravillas y soportó duros sufrimientos, el Romano Pontífice Pío X, a quien con inmenso gozo hemos inscrito en el número de los Santos, cumpliendo esforzadamente el precepto aprendido de labios de Cristo, amó apacientando y apacientó con amor. Amó a Cristo y apacientó la grey de Cristo; pues de las riquezas celestiales que nuestro benignísimo Redentor trajo a la tierra sacó con abundancia para dar generosamente a su grey: ya el alimento de la verdad, los misterios celestiales y la excelentísima gracia contenida en el sacrificio y sacramento de la Santa Eucaristía, ya la suavidad de la caridad, la asidua solicitud en el gobierno y la fortaleza en la defensa. Se dió del todo, a una con los dones de que lo había dotado el Autor y Dador de todo bien.

Habéis venido a Roma, Venerables Hermanos, corona de nuestra alegría, para tomar parte en estas solemnes festividades y juntamente con Nos hacer homenaje de admiración y de honor a este Obispo de Roma, cuya vida esclarecida iluminó la Iglesia universal, y para dar rendidas gracias a Dios que, por medio de este Pontífice, colmó de grandes beneficios con paternal misericordia a todos los que quieren caminar a la salvación eterna.

Al encontrarnos ahora, con ánimo alegre y profundamente conmovido en medio de vosotros, que habéis venido en tan crecido número de todas las partes de la tierra, como Vicario de Cristo, "copresbítero" en medio de vosotros "presbíteros", queremos, ante todo, expresar con las mismas palabras arriba mencionadas de la carta del primer Sumo Pontífice de los Apóstoles cuanto deseamos que llevéis como recuerdo y recomendación nuestra: "A los presbíteros que hay entre vosotros suplico yo, vuestro copresbítero y testigo de la pasión de Cristo: que apacientéis la grey de Dios puesta a vuestro cargo, velando sobre ella, no por fuerza, sino de buena voluntad y según Dios... siendo dechados de la grey" (Cfr. 1 Petr. 5, 1-3). Estas recomendaciones tienen el mismo significado que las palabras salidas de labios divinos, que estimulan a ejercer el ministerio pastoral con activa caridad: "Si amas... apacienta".

Desarrollemos, pues, cuanto hemos indicado sumariamente, sirviéndonos de las palabras de San Pedro. La solicitud sobre todas las Iglesias, que nos incumbe, y el deber de vigilancia, que diariamente nos urge en virtud de nuestro cargo, nos impulsa a tratar y considerar algunas ideas, sentimientos y normas prácticas, a las que deseamos dirijáis también vosotros vuestra solicitud y vigilancia pastoral, que, unida a la nuestra, logren se provean más prontamente y con mayor eficacia a las necesidades del rebaño de Cristo. Parece que existen síntomas y consecuencias de un contagio espiritual, que exige la intervención del ministerio pastoral, para que no tome fuerza y se propague, sino que reciba el remedio oportuno y sea cuanto antes desarraigado.

Convendría aquí explicar detenidamente cuanto, bajo la autoridad del Romano Pontífice, compete por divina institución a vosotros, sucesores de los Apóstoles, por las prerrogativas de nuestro triple oficio (cfr. can. 329), a saber: el magisterio, el sacerdocio y el gobierno. Pero no disponiendo hoy de tiempo suficiente, limitaremos nuestros discursos al primer punto, dejando los demás para otra ocasión, si Dios nos dá la posibilidad.

Cristo Nuestro Señor confió a los Apóstoles y por medio de ellos a sus sucesores la verdad que trajo del cielo: envió a los Apóstoles, como su Padre le envió a El (Jo. 20, 21), para que enseñasen a todas las naciones todas las cosas que ellos habían oído al Señor (cfr. Matth. 28, 19-20). Así, pues, los Apóstoles, por derecho divino, han sido constituidos doctores, o sea, maestros en la Iglesia. Fuera de los legítimos sucesores de los Apóstoles, es decir,

del Romano Pontífice para la Iglesia universal y de los Obispos para los fieles encomendados a su cuidado (cfr. can. 1326), no hay otros maestros por derecho divino en la Iglesia de Cristo; si bien ellos, y particularmente el Sumo Maestro de la Iglesia y Vicario de Cristo en la tierra, pueden llamar a otros cooperadores y consejeros en el ejercicio del magisterio, delegarles la facultad de enseñar (bien en casos especiales, bien confiándoles ese oficio; cfr. can. 1328). Los que de esta manera son llamados a enseñar no ejercen en la Iglesia la enseñanza en nombre propio ni por su ciencia teológica, sino en fuerza de la misión que han recibido del legítimo Magisterio; y su potestad queda siempre sometida a éste, sin que jamás llegue a ser "sui juris", o sea independiente de toda autoridad.

Los Obispos al conferir tal facultad, no se privan nunca del derecho de enseñar, ni se eximen de la gravísima obligación de proveer y velar por la integridad y seguridad de la doctrina expuesta por aquellos a quienes tomaron por auxiliares. Por eso, el legítimo Magisterio de la Iglesia no injuria ni agravia a ninguno de aquellos a quienes ha dado la misión canónica, cuando desea saber y asegurarse qué es lo que ellos enseñan y defienden en sus explicaciones orales, en los libros, hojas y revistas reservadas a sus oyentes, o en los libros u otros escritos que publican.

No es nuestra intención extender a todos esos escritos las normas jurídicas acerca de la previa censura de los libros, pudiéndose echar mano de tantos otros medios y recursos para informarse con absoluta certeza sobre la doctrina de lo que enseña. Por otra parte, estas medidas de prudencia y circunspección del legítimo Magisterio no significan desconfianza o sospecha (como tampoco la profesión de fe, que la Iglesia exige a los que enseñan y a muchos otros; cfr. can. 1406, nn. 7-8); al contrario, el conferir la facultad de enseñar arguye confianza, aprecio y estima hacia aquel a quien se confiere.

La misma Santa Sede, si alguna vez inquiere y desea saber lo que se enseña en algunos seminarios, colegios, ateneos o universidades, en materias de su competencia, no lo hace sino impelida por la conciencia que tiene del mandato recibido de Cristo y de la responsabilidad adquirida ante Dios de defender la sana doctrina, y de conservarla incorrupta e íntegra. Además este debido ejercicio de vigilancia se encamina también a proteger y estimular el derecho y el deber que tenéis de apacentar con la genuina palabra y verdad de Cristo la grey que se os ha confiado.

No sin grave causa hemos querido, Venerables Hermanos, recordar estas verdades en vuestra presencia: porque hay desgraciadamente, quienes pretenden enseñar sin mucho preocuparse de estar unidos con el Magisterio viviente de la Iglesia y sin prestar mucha atención a la doctrina común propuesta claramente de uno u otro modo por este Magisterio, y al mismo tiempo atienden al propio ingenio, a la mentalidad moderna y a los postulados de otras ciencias, que creen y afirman ser las únicas que posean carácter de verdadero método científico. Sin duda la Iglesia ama y fomenta grandemente el estudio y progreso de las ciencias humanas, y distingue con predilección y estima a los hombres doctos que dedican su vida al estudio.

Sin embargo, las materias que tocan a la religión y a las costumbres y que trascienden en absoluto el orden sensible pertenecen exclusivamente a la autoridad y competencia de la Iglesia.

En nuestra Encíclica "Humani Generis" hemos descrito la mentalidad y el espíritu de aquellos a quienes hemos aludido antes; y a la vez hemos advertido que algunas aberraciones allí reprobadas se originan únicamente de no haber procurado la unión con el Magisterio viviente de la Iglesia. Esta

misma y necesaria unión con la mente y con la doctrina de la Iglesia exaltó una y otra vez con gravísimas palabras San Pío X en documentos de grande importancia y a todos vosotros bien conocidos. Lo mismo repitió su sucesor en el Sumo Pontificado, Benedicto XV, el cual después de haber renovado solemnemente la condenación del Modernismo, hecha por su predecesor, en su primera Encíclica ("Ad beatissimi Apostolorum Principis", 1 noviembre 1914), así describe el espíritu y la mentalidad de los secuaces de ese sistema: "El que se deja guiar de semejante espíritu rechaza con fastidio cuanto tenga sabor de antigüedad y ávidamente y por todas partes busca novedades, ya en la manera de hablar de las cosas divinas, ya en la celebración del culto divino, ya en las instituciones católicas, y aún en el ejercicio privado de la piedad" (A. A. S. vol. VI, 1914, p. 578). Si algunos maestros y profesores insisten actualmente con empeño y energía en sacar a la luz cosas nuevas y en desarrollalas, en vez de repetir "id quod traditum est", si no tienen otro intento, les recomendamos que mediten atentamente lo que Benedicto XV, en la citada Encíclica, propone a su consideración: "Queremos que se guarde inviolablemente la máxima de nuestros mayores: 'Nihil innovetur, nisi quod traditum est'; por más que esta máxima tiene su aplicación en cosas de fe, en las cuales hay que observarla inviolablemente, debe servir también de norma para regular lo que es susceptible de mudanza; aunque en esto tiene también valor la regla 'Non nova, sed noviter' (1. c.)."

Este manifiesto que los legítimos Maestros pueden llamar y admitir también a los laicos de uno y otro sexo a colaborar en defensa de la fe. Basto recordar la enseñanza del Catecismo, en la que toman parte tantos miles de hombres y mujeres, y otras diversas formas del apostolado seglar. Todo ello es digno de sumo encomio y puede y debe promoverse con todo empeño. Pero es menester que todos esos laicos estén y se mantengan sometidos a la autoridad, guía y vigilancia de quienes, por institución divina, han sido establecidos como nuestros en la Iglesia de Cristo. En las cosas que tocan a la salvación de las almas no hay en la Iglesia magisterio de ninguna clase que se sustraiga a esa autoridad y vigilancia.

Recientemente ha comenzado a pulular acá y allá una que llaman teología laica, y ha surgido una categoría especial de teólogos laicos, que se proclaman independientes. De esta teología existen ya prelacones, textos impresos, círculos, cátedras, profesores. Distinguen éstos su magisterio público de la Iglesia, y en cierto modo lo oponen a él; para cohonestar su modo de proceder apelan a veces a los carismas de enseñar e interpretar, de que se habla repetidas veces en el Nuevo Testamento, especialmente en las Epístolas de San Pablo (v. gr. Rom. 12, 6-7; 1 Cor. 12, 28-30); apelan a la historia, que desde el comienzo de la religión cristiana hasta nuestros días presenta tantos nombres de seglares los cuales en bien de las almas enseñaron por escrito y de palabra la verdad cristiana sin haber sido llamados a ello por los obispos, y sin haber pedido o aceptado la facultad del Magisterio sagrado, sino movidos por propio impulso o celo apostólico. En contra de esto hay que sostener lo siguiente: no ha habido nunca, ni hay, ni habrá jamás en la Iglesia un magisterio legítimo de laicos que haya sido sustraído por Dios a la autoridad guía y vigilancia del Magisterio sagrado; más aún: el mero hecho de rechazar esta sumisión es ya un argumento convincente y un criterio seguro de que no guía el Espíritu de Dios y de Cristo a los seglares que así hablan y obran. Además, nadie ignora cuán gran peligro de perturbación y error se encierra en esa "teología laica"; peligro también de que se pongan a intruír a las demás personas del todo ineptas y aun falaces y dolosas, que San Pablo des-

cribe así: "Vendrá tiempo, cuando... a medida de sus concupiscencias, tomarán para sí maestros sobre maestros, por el prurito de oír, y cerrar sus oídos a la verdad y los aplicarán a las fábulas" (cfr. 2 Tim. 4, 3-4).

Librenos Dios de que, al hacer esta advertencia, apartemos del estudio más profundo de la doctrina sagrada o de su difusión entre el pueblo a cuantos, de cualquier orden o condición que sean, se sienten a ello animados con tan noble entusiasmo.

Procurad, Venerables Hermanos, cada día con mayor diligencia, como lo pide el deber y el honor de vuestro oficio, penetrar cada vez más en la grandeza y profundidad de la verdad sobrenatural, de la que por derecho sois guías; exponed asiduamente y con inflamada elocuencia las verdades santas de la religión a aquellos que ahora, no sin gravísimo peligro, se dejan ofuscar en sus ideas y sentimientos por tenebrosos errores, para que también ellos, con saludable arrepentimiento y con rectitud de amor, vuelvan por fin a Dios: "ya que el apartarse de El es caer: el convertirse a El es resucitar; el permanecer en El es afianzarse... el volver a El es renacer; el habitar en El es vivir" (S. August. Soliloquiorum, lib. I, 3; Migne P. L. vol 32, col. 870).

Para que podáis realizar esto con mayor éxito, invocamos sobre vosotros los auxilios del cielo: y para que éstos descendan abundantes, os impartimos de corazón a vosotros y a vuestra respectiva grey, la Bendición Apostólica.

IV

EN LA CANONIZACION DEL 12 DE JUNIO

El Sumo Pontífice exalta los nuevos príncipes del Cielo Pedro Luis Chanel, Gaspar del Búfalo, José Pigmatelli, Domingo Savio y María Crucificada Di Rosa.

Si las fuerzas del mal no cejan, en el transcurso de los siglos, en sus ataques contra la obra del Divino Redentor, Dios no deja de responder a las angustiosas súplicas de sus hijos en peligro, suscitando almas ricas en dones de la naturaleza y de la gracia que sean consuelo y ayuda para sus hermanos. Cuando en la conciencia de los hombres se debilita el conocimiento de las verdades saludables, oscurecidas por la atracción de los bienes terrenales, cuando el espíritu de rebelión y de orgullo suscita contra la Iglesia persecuciones o violentas, en medio de las miserias, siempre presentes, de las almas y de los cuerpos, la Divina Providencia llama junto al estandarte de la Cruz de Cristo a héroes de santidad, que irradian esplendores de pureza virginal y de caridad fraternal, para cubrir todas las necesidades de las almas y mantenerse en su integridad el fervor de las virtudes cristianas.

1. La vida de aquellos a los que hoy la Iglesia glorifica se halla comprendida toda ella en las palabras del Salmista: "Angustia et tribulatio venerunt super me, mandata tua deliciae meae sunt". (Salmo 118, 143). A Pedro Luis María Chanel correspondió el honor de ser el primero en derramar la sangre por la fe en Oceanía. Apenas había cumplido el sacrificio de su vida en la isla de Futuna, hasta entonces indócil a la gracia, cuando de

pronto creció una mies rica, más allá de todas las previsiones. Su viaje terrenal lo hizo con humildad, con dulzura, con paciencia y con caridad, sacando lo mejor de sus energías espirituales del amor fervoroso y delicado hacia la Virgen María. Aimer Marie et la faire aimer: fue el voto más ferviente y el programa de los años de su preparación para el sacerdocio. Ordenado sacerdote, empezó prodigando, sin escatimar, las fuerzas físicas, que la naturaleza arto parcamente le concedía, para llevar de nuevo a las prácticas religiosas al pequeño rebaño confiado a sus cuidados. Pero su alma aspiraba a la perfección total y a las penas de las misiones entre los infieles. Y por eso resolvió unirse al grupo constituido hacía poco por la Sociedad de María, que, reconociendo en la Reina del Cielo a su Madre y superiora perpetua, mejor se aplicaba a realizar el ideal de la perfección sacerdotal y apostólica. Durante cuatro años se encargó, con insigne abnegación, con gran paciencia y vigilancia humilde y premurosa, a la educación de la juventud. Pero muy pronto su sueño llegó a ser una realidad. Venciendo heroicamente los afectos más sentidos por su corazón, se embarca para las islas de Oceanía, donde todavía no había penetrado el Evangelio. ¿Quién podría decir de las duras pruebas espirituales y físicas que le esperaban en aquel campo de sus afanes apostólicos? Sus esfuerzos de adaptación a la lengua, a las costumbres de aquel pueblo, la aparente esterilidad de sus desvelos, la incompreensión y la hostilidad sorda o declarada, no quiebra su admirable constancia. Valiéndose de la protección de la Madre de Dios, Pedro Chanel revela a los estupefactos indígenas la inagotable caridad y dulzura de su ánimo. El ejemplo de su vida pura y mortificada, su oración incesante, sus fervorosas exhortaciones, preparan el camino a la gracia divina. Cuando ya el martirio había devuelto su espíritu a Dios, las fuerzas del mal que se habían opuesto a su obra, prontamente cedieron y la Iglesia pudo contar con alegría también en aquella lejana región con hijos numerosos y fervorosos.

2. Sin embargo, si necesario es anunciar a los infieles el mensaje de Cristo, no menos esencial es mantener vivo el ardor de la fe en el pueblo cristiano. En la falange gloriosa de los Santos, que esta tierra romana ha dado a la Iglesia, resplandecen con la luz especial Gaspar del Búfalo. Desde sus años más jóvenes, la protección de San Francisco Javier, pareció obtenerle de Dios una extraordinaria profusión de dones sobrenaturales. Siendo aún estudiante, ejercía asiduamente las obras de caridad y de asistencia, especialmente en la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños y a los pobres.

Siguiendo las huellas de San Juan Bautista de Rossi, dió nuevo vigor a la piadosa Obra de S. Galla y fundó poco después el Oratorio de S. María in Vincis. Pero su apostolado en Roma fue interrumpido por la invasión de las tropas napoleónicas; y, habiéndose negado a prestar el juramento de fidelidad a un poder hostil a los derechos de la Iglesia, sufrió el exilio y la cárcel. Puesto por fin en libertad, y con alegría de cuantos lo conocían y ahora aún más lo veneran, volvió a su Roma y recibió del Sumo Pontífice Pío VII el encargo de dedicarse a las santas misiones, destinadas a renovar el fervor de los fieles en sus Estados después de los desórdenes y daños causados por las revueltas. Volvió entonces a la idea de la creación de una Congregación de Misioneros bajo el título de la Sangre Preciosísima de Jesús, y no obstante la contrariedad y los obstáculos, inauguró el 15 de agosto de 1815 la primera casa de la Obra, que confió amorosamente a la tutela de la Santísima Virgen. De esta forma empieza para él una vida de incesantes trabajos: recorre casi todas las regiones de la Italia central, llevando a todas partes, con el ejemplo de su piedad, de su humildad y de su caridad, la reconciliación y

la paz, el alivio de las miserias corporales y sobre todo espirituales. Al mismo tiempo daba sabias reglas al Instituto, y exclamando: ¡Paraíso! ¡Paraíso! eludía cualquier ofrecimiento de dignidades eclesiásticas, pues deseaba permanecer hasta la muerte "en el palco", es decir, en el campo de la predicación sagrada, porque confiaba en que de esa forma podía recibir más fácilmente y con más rapidez el premio eterno. Y el Señor acogió su petición de que la muerte le sorprendiera en las fatigas del apostolado; con lo que dejó a sus hijos un admirable modelo de un celo heroico que generosamente se inmoló por el bien mayor de las almas.

3. Pero si Dios pide a menudo a sus elegidos que emprendan grandes obras para su gloria, quiere además que sepan sufrir en la obediencia y en el silencio. Y, en verdad, no hace falta menos generosidad para resistir con energía en medio del naufragio y preparar con tenacidad la hora en que vuelva a reinar la paz. Cuando la Compañía de Jesús fue expulsada del Reino de España, José Pignatelli se había conquistado ya el aprecio de sus superiores con la elevación de un espíritu su ingeniosa caridad para con los pobres y los condenados a muerte, la autoridad de su persona que le permitía calmar las sediciones populares. La nobleza de la sangre habría podido inspirarle el amor a las grandezas humanas; pero Dios había puesto en él los gérmenes de una gloria más noble y santa. Teniendo ya a su cargo la cura espiritual y temporal de los proscritos, soportó también él con admirable serenidad y paciencia, y ayudó a sus miseros compañeros a tolerar las peores situaciones, las privaciones y amarguras indecibles del exilio, errando por todas partes en busca de un refugio sin encontrar tranquilo asilo y alivio, pero procurando mantener en todas partes el fervor del espíritu religioso en los desventurados compañeros a él confiados. Cuando, por fin, se obtuvo un lugar más estable, se entregó a una vida de oración, de trabajo y de caridad, y en cuanto despuntó el alba de la resurrección de la Compañía de Jesús se dedicó a reunir a sus miembros desparramados, a formar nuevos reclutas, a restablecer en su integridad el género de vida y el espíritu tradicional de la Orden. De esta manera José Pignatelli preparaba la renovación de la inclita Sociedad, a la que siempre se mantuvo indefectiblemente unido; él fue el restaurador en Italia y en el espíritu el segundo padre de la Compañía de Jesús y el lazo más insigne que por encima de la supresión la une de nuevo con sus orígenes.

4. Mientras que los héroes que acabamos de conmemorar habían consagrado todas sus viriles energías al duro combate contra las fuerzas del mal, he aquí que a nuestra mirada aparece la imagen de Domingo Savio, grácil adolescente, débil de cuerpo pero de alma tensa en pura oblación de sí misma al amor soberanamente delicado y exigente de Cristo. En tan tierna edad cabría esperar más bien buenas y amables disposiciones de espíritu y en cambio en él se descubren con asombro las maravillosas vías de las inspiraciones de la gracia, una adhesión constante y sin reserva a las cosas del cielo, que su fe percibía con rara intensidad. En la Escuela de su maestro espiritual, el gran Santo Don Bosco, aprendió que la alegría de servir a Dios y de hacerlo amar por los demás puede llegar a ser un poderoso medio de apostolado. El 8 de diciembre de 1854 lo vio elevado en éxtasis de amor a la Virgen María, y poco después reunió a algunos de sus amigos en la "Compañía de la Inmaculada Concepción", con el fin de avanzar a grandes pasos por el camino de la santidad y de evitar incluso el más leve pecado. Incitaba a sus compañeros a la piedad, a la buena conducta, a la frecuencia de los sacramentos, al rezo

del Santo Rosario, a huir del mal y de las tentaciones. Sin dejarse atemorizar por malas acogidas y respuestas insolentes, intervenía con firmeza, aunque con caridad, para recordar sus deberes a los atolondrados y a los perversos.

Lleno ya en esta vida de la familiaridad y de los dones del dulce Huésped del alma, muy pronto abandonó la tierra para recibir, con la intercesión de la celestial Reina el premio de su filial amor.

5. Asociada a la gloria de tan ilustres Confesores, una Virgen insigne por su amor a la Cruz, María Crucifixión Di-Rosa, de familia patricia de Brescia, canta también ella los esplendores del divino Esposo. Acababa de expirar su madre terrenal cuando, imitando a Santa Teresa de Jesús, se refugia en brazos de la Madre Celestial. En la Escuela de Religiosas de la Visitación acrecienta aún más su sólida piedad, animada por un deseo intenso de sufrir por Jesucristo y de ejercitarse en una incesante práctica de la mortificación y de la caridad. Renuncia a toda vanidad y a toda exigencia de moda, a todo espectáculo mundano, a toda concesión a la naturaleza, a todo ofrecimiento de bodas terrenales; se ocupa de las jóvenes y de las mujeres del pueblo, soporta pacientemente las críticas, especialmente de los libertinos frustrados, y se complace en distribuir a los necesitados los bienes de que dispone. Cuando en 1836 el cólera azotó Brescia, dió libre curso a su heroica abnegación al servicio de las víctimas de la epidemia y atrajo también a las jóvenes de su misma edad hacia aquella misión ardua y peligrosa. Sostenida también por la solicitud de su director espiritual, nuestra Santa, terminado el azote, continuó en el hospital femenino de Brescia, dedicándose a la asistencia a las enfermas y abandonadas, y muy pronto la piadosa colaboración de estas almas generosas se transformó en obra estable: las "Esclavas de la Caridad", tendrán en adelante a su cargo el servicio de sanidad del Hospital de Brescia y muy pronto también otras actividades benéficas. Superados los obstáculos por que había atravesado la naciente obra, la suavísima e incansable apóstol vió en las disposiciones de la Providencia la confirmación de sus esfuerzos por el cielo; pero suplicaba que los cruces no cesaran y que no se acabaran las persecuciones y las pruebas. Y, en efecto, aún manifestando en su acción de fundadora las más hermosas cualidades de inteligencia y de voluntad, sufrió con gran valor los dolores físicos, y sobre todo las angustias del alma, las tinieblas indecibles que el desencadenado espíritu del mal se esforzaba, aunque en vano, en arrojar sobre ella. Una fervorosa oración brotaba entonces de sus labios: "¡Jesús mío! Tú sólo me bastas. Sea mi vida crucificada contigo". De esta forma, de la profundidad de una vida espiritual toda ella inspirada en la Cruz, brotó una Obra original y completa que abraza todas las formas de hospitalidad y de asistencia y que prospera en eminentes frutos de caridad y de virtud.

Estas son, venerables Hermanos y amados hijos, las heroicas acciones de estos apóstoles y de estos fundadores, que el Espíritu Santo ha plasmado para la continuación de la obra de Cristo. Juntos tejen una maravillosa corona a la Virgen María, que los ha adornado con sus mejores favores y se ha complacido en aceptar sus fieles servicios. Dignense estos nuevos príncipes del cielo conseguir para todos los que hoy exultan por su gloria, las gracias de seguir sus huellas, de abrasarse como ellos de amor a Jesús, que los ha redimido con su propia sangre, y a su purísima y santísima Madre.

RADIOMENSAJE PONTIFICIO A LISIEUX

Damos la traducción del Radiomensaje que el 11 de julio próximo pasado el Santo Padre pronunció desde su biblioteca privada, en ocasión de la consagración de la Basílica de Santa Teresa del Niño Jesús de Lisieux, solemnemente llevada a cabo por el Legado Pontificio Eminentísimo Cardenal Maurício Feltrin, Arzobispo de París.

La consagración de la Basílica votiva que los fieles de todo el mundo han contribuido a levantar en honor de Santa Teresa del Niño Jesús despierta en Nuestro Corazón recuerdos conmovedores. Parece ayer y, sin embargo han transcurrido ya 17 años desde aquel 11 de julio de 1937, en que, como "a latere" de Nuestro venerado Predecesor al Congreso Eucarístico Nacional de Lisieux, en la dulce tierra de Francia, tuvimos la alegría de proceder a la inauguración y a la bendición de la misma Basílica, recién construida y de exaltar, en Nuestro discurso, una triple presencia de Dios: en el templo que se habría al culto, en la Santísima Eucaristía que en él se veneraba solemnemente y en el alma abrasada de amor de la generosa Carmelita.

También este año, en ocasión de su solemne consagración, Nos, hemos querido hallarnos entre vosotros en la presencia de nuestro querido y dignísimo Legado, el Cardenal Arzobispo de París. Pero los promotores de los festejos estimaron que la celebración había de ser más hermosa si se os hacía escuchar nuestra humilde voz. Teniendo en cuenta los innumerables fieles que, muy a pesar suyo, no han podido participar en la fiesta, trataremos, en pocas palabras, y de interpretar el fervor y la admiración de todos hacia Santa Teresa del Niño Jesús. Si la Divina providencia ha permitido la extraordinaria difusión de su culto ¿no es acaso porque Ella ha transmitido y sigue transmitiendo al mundo un mensaje de sorprendente penetración espiritual, un testimonio único de humildad, de amor y de fe?

Mensaje de humildad sobre todo. ¡Qué excepcional aparición en un mundo vanidoso que se jacta de sus descubrimientos científicos y de sus virtudes técnicas, la del esplendor de una muchacha que no se distingue por acciones clamorosas ni por empresas temporales! Con su rechazo absoluto a las grandezas terrestres, su renuncia a la libertad y a las alegrías de la vida y el dolorosísimo sacrificio de sus afectos más tiernos, ella se transforma en la antítesis viviente de todos los ideales del mundo. Cuando los pueblos y las clases sociales se desafían y luchan por conseguir la preponderancia económica o política, S. Teresa del Niño Jesús se presenta con las manos vacías; fortuna, honores, influencia, eficacia temporal, nada le atrae ni le cautiva más que Dios y su Reino. Y el Señor, como premio, le permite entrar en su casa, le confía sus secretos y le revela cosas que tiene reservadas para los sabios y los poderosos (ver Mateo, 11, 5). Y, después de haber vivido oculta y en silencio, he aquí que ella se dirige a toda la humanidad, a ricos y pobres, a grandes y humildes y con Cristo les advierte: "¡entrad por la puerta estrecha!" ¡Cuán ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición! ¡Y son muchos los que entran por ella! ¡Cuán angosta es la puerta y estrecha la senda que lleva a la vida! ¡Y son pocos los que dan con ella! (Mateo 7, 13).

La puerta, ciertamente es estrecha pero accesible a todos, es la de la hu-

mildad. Teresa del Niño Jesús, que por ella entró al Paraíso, está de pie sobre el umbral con los brazos cargados de rosas y señala "el camino pequeño de la inocencia". Se trata del Evangelio, de la esencia de Evangelio que Ella descubrió lleno de gracias y de candor "Si no os tornareis e hicieréis como los niños no entrareis en el reino de los cielos" (Mateo 18, 3). No confiéis, pues, en la fuerza, en el dinero, en la inteligencia ni en los demás recursos humanos. Buscad la única cosa necesaria.

Aceptad el dulce y leve yugo del Señor y reconoced su soberano dominio sobre vuestras personas y familias, asociaciones y naciones. Respetad su ley de mutua ayuda fraternal y también vosotros conoceréis la paz y la tranquilidad. Renunciando a los ilusorios apoyos de una civilización material hallaréis la verdadera seguridad que Dios concede a quienes le adoran solamente a El.

A pesar de una tan afable y dulce mensajera, muchos encontrarán difícil la práctica de dicha humildad. ¿Pueden los hombres actuales, manchados por tantas culpas y entorpecidos por tanto egoísmo, alimentar aún la esperanza de corregirse, de librarse de sus impedimentos morales y ponerse en marcha hacia Dios? ¿Y no siente el Señor horror de tanta perversidad y tantas divisiones, de tanta avaricia y sensualidad? ¿Que la misma Teresa nos responda! ¡Que confiese con admirable franqueza el reconocimiento de su debilidad y de su absoluta miseria! Ella, la privilegiada incomparable, el alma elegida para favores incomprensibles. Así se ve delante de Dios a una criatura que fue incapaz de ascender un escalón ni dar un paso sin vacilar. Y es por tener conciencia de su total impotencia que ella alza a Dios una mirada implorante. Hija de un cristiano ejemplar comprendió (junto a su padre) desde niña, los tesoros de indulgencia y de compasión que posee el corazón del Señor. Segura de interpretar las disposiciones del Padre Celestial, afirma: "no es por haber sido preservada del pecado mortal que me elevo a Dios a través de la confianza y del amor. ¡Ah, bien sé que aunque pesaran sobre mi conciencia todos los delitos que se pueden cometer, mi confianza no sufriría menoscabo y, con el corazón desgarrado por el arrepentimiento, iría arrojarme a los brazos del Salvador, porque sé cómo conducirme con su amor y con su misericordia!" (Santa Teresa del Niño Jesús, Historia de un alma, cap. X, final). Dicha fórmula sintetiza maravillosamente el pensamiento de Santa Teresa; Dios es un Padre que continuamente extiende los brazos a sus hijos. ¿Por qué no responder a su llamamiento? ¿Por qué no gritarle incesantemente nuestra extrema necesidad? Es preciso atenerse a las palabras de Santa Teresa cuando invita, tanto al más miserable como al más perfecto, a no hacer valer ante Dios sino la radical debilidad y la pobreza espiritual de una criatura pecadora.

Pero esta criatura está también destinada a recibir el más deslumbrante don del cielo: el amor Divino. Desde su más tierna infancia Teresa se siente poseída por El y, obediente a todas sus exigencias, es incapaz de negarle nada. Poco a poco se delinean las renunciaciones que Dios le ordena. Ningún sacrificio le será evitado: como una llama ardiente Dios la consumirá íntegramente hasta la última agonía que se verificará en la pura fe, privada de todo consuelo. Pero Santa Teresa sabe que presenta una oferta expiatoria por las culpas del mundo y que en su carne y en su corazón lacerados continúa el misterio de la Cruz. ¿No se llama acaso Santa Teresa del Niño Jesús y del Santo Rostro? El manto real con que Cristo viste a su elegida, es el manto de púrpura de su pasión redentora. Pues Teresa sabe que de este modo conquista a las almas y que un día sus "inmensos deseos" se cumplirán con creces. "Oh mi Dios, beata Trinidad —exclama— deseo amaros y hacer que os amen y trabajar por la glorificación de la Santa Iglesia salvando las almas". (Id. Acte

d'offrande comme victime d'holocauste, debut). Lo mismo que Francisco Javier llegará a ser la Patrona de las Misiones Católicas. Y el homenaje que hoy le tributa el pueblo cristiano es testimonio de la fecundidad universal de su sacrificio.

“¡Oh, Santa Teresa del Niño Jesús, modelo de humildad, de confianza y de amor, desde lo alto del cielo deshoja sobre los hombres las rosas que llevas en los brazos: la rosa de la humildad, para que ellos venzan el orgullo y acepten el yugo del Evangelio; la de la confianza, para que se abandonen a la voluntad de Dios en Su misericordia se seren; la del amor para que, entregándose íntegramente a la gracia, alcancen la única finalidad por la cual Dios los creó a su imagen: amarlos y hacer que se le ame!

No podemos terminar este mensaje sin evocar a Aquella cuya sonrisa sanó milagrosamente a la pequeña Teresa y que fue el sol de su vida: la Santísima Virgen. Nos sentimos felices de que la grandiosa manifestación que hoy os congrega en Lisieux se celebre en el Año Mariano y, confiando nuestros votos a la “florella de María”, imploramos que sobre vosotros, venerables hermanos y queridos hijos, se derrame la gracia que la misericordia de Dios decidió confiar a las manos purísimas de Santa Teresa del Niño Jesús.

VI

EN EL RECONOCIMIENTO DEL CUERPO DE S. GREGORIO VII

(11 de Julio de 1954)

El nombre inclito de S. Gregorio VII, amados hijos, que bajo la sapiente guía de vuestro amadísimo Prelado, celebráis con extraordinaria y oportuna solemnidad, resuena ya desde hace nueve siglos en la Iglesia de Dios como símbolo del perfecto e indómito atleta de Cristo, y al mismo tiempo se contrapone a los adversarios de los derechos de la Sede Apostólica en todos los tiempos, cual sería advertencia de que todo asalto contra ella está condenado al fracaso, ya que Dios es su escudo inexpugnable. Desde el día en que el invicto Pontífice, como herido de muerte en plena batalla, expiró desterrado en esta vuestra ciudad de Salerno, que guarda en su célebre Catedral sus restos venerados, no hay cristiano alguno, ni sacerdote, ni Pastor, verdaderamente entregado a la causa de Dios o de las almas, que al pronunciar el nombre de Gregorio VII, no sienta un estremecimiento de profunda admiración por sus gestas y no saque de la memoria de su heroísmo, aquel valor intrépido, indispensable en toda época al soldado de Cristo.

Con razón ensalzáis a Hildebrando, gloria de la Orden Benedictina, infatigable reformador de la Iglesia, a quien ya en su tiempo, su amigo y colaborador S. Pedro Damiano, llamaba “*inmobilis columna Sedis Apostolicae*”; inmovible columna de la Sede Apostólica: (S. Petri Dam. Epp. 1. 2. 9: Migne PL, t. 144 col. 273 C); honrad al Papa Gregorio VII, en cuya muerte el 25 de mayo 1085, escribía un cronista contemporáneo: “*graviter corpore infirmatus, sed in defensione iustitiae usque ad mortem firmissimus, Salerni diem clausit extremum; de cuius obitu omnes religiosi utriusque sexus, et maxime pauperes, doluerunt. Erat enim catholicae religionis ferventissimus institutor, et ecclesiasticae libertatis strenuissimus defensor*”: gravemente enfermo en el cuerpo, pero en la defensa de la justicia firmísimo hasta la muerte: cuya pérdida lloraron todos los fieles de ambos sexos y sobre todo los pobres. Era en efecto ferventísimo restaurador de la fe católica y defensor muy

esforzado de la libertad eclesiástica (Bernoldi Chronicon ad a. 1085, Mon. Germ. Hist., SS., t. V, pág. 444 líneas 2-6). Por estos breves rasgos, probados con numerosos e indiscutibles testimonios, se alza la gloriosa figura de Gregorio VII como un gigante del Papado, hasta el punto de poderse decir de él con toda verdad, que ha sido uno de los más grandes Pontífices no sólo de la Edad Media, sino de todas las edades. Porque si la grandeza de un Papa se ha de medir —fuera de la santidad personal— por la amplia y exacta visión de los problemas de la época, por la altura de los fines propuestos, por las fuerzas morales empleadas en conseguirlos, no hay duda que Gregorio VII fue muy grande tanto en el juzgar, como en el querer y en el obrar.

Admirable es aún hoy día el hecho de que él, en tiempos de agitadas convulsiones, acompañadas de funestas relajaciones, se haya elevado sobre las mezquindades, de las ambiciones personales y de los intereses de partido y haya sabido determinar con segura clarividencia cuáles eran los problemas y las necesidades esenciales, que había que afrontar y definir con resolución indomable. Lo que entonces se presentaba como sumamente necesario y Gregorio VII quiso con tenacidad, era devolver a la Iglesia la independencia, la unidad y la santidad de que la había dotado su divino Fundador.

Era necesario que la Iglesia fuese libre. He ahí por qué Gregorio VII acepta el conflicto que se le pone delante para librarla, como a cuerpo ágil y sano, de las cadenas e impedimentos que le ponían las potencias terrenas, especialmente en el libre nombramiento de sus Pastores. Este fue el significado de la lucha de las Investiduras, una de las más ásperas y capitales que haya combatido la Iglesia por su independencia y que ha venido a reforzar en los Pontífices del segundo milenio que entonces se abría, la conciencia de su valor sumo y del deber de defenderla con todas sus fuerzas.

Era necesario además que la Iglesia estuviese unida, con aquella unión orgánica y viva, propia de un cuerpo perfectamente desarrollado. Y he aquí a Gregorio VII hacerse incansable promotor de las relaciones frecuentes e íntimas con los Obispos y, por medio de ellos, con toda la cristiandad. La colección de sus Cartas, en las cuales resuenan casi todos los nombres de las naciones antiguas o jóvenes conocidas, son el mejor testimonio de su solicitud por la unidad de la Iglesia y de su viva ansia de sanar la escisión, ya entonces consumada, entre el Oriente y el Occidente cristiano.

Era sumamente necesario que la Iglesia fuese santa. De hecho y a qué otro fin había de servir su organismo, el cual en su origen y en su íntima constitución descubre los inefables prodigios de la sabiduría, de la santidad y de la caridad de Dios? Pues he aquí el ardiente celo de Gregorio VII en la restauración de las virtudes sacerdotales y en la renovación moral del pueblo en sus costumbres cristianas. De este modo por medio de una Iglesia santa, unida y libre, se prometía un influjo eficaz y benéfico sobre la “ciudad terrena”. Quizás ningún Papa, como él, comprendió y promovió con ardor tan fervoroso el oficio de la Iglesia en el mundo y para el mundo.

Con mucha razón historiadores y eruditos, a quienes acompaña la opinión común, consideran como señal característica de la personalidad de Hildebrando su culto por la justicia, a cuyo triunfo se aplicó incansablemente, luchando y muriendo por ella. Pocas palabras pronunció él con tanto respeto y fervor como la palabra “*iustitia*”, como si conservase siempre viva en la mente la imagen de la majestad soberana, ante la cual toda potestad creada debe inclinarse. “*Magis... mortem suscipere parati erimus, quam iustitiam relinquere*”. IX, 11 ad Gaspar in Mons. Germ. Hist. Epp. sel. t. II, fasc. I, p. 558). ¡Antes la muerte que traicionar a la pústica! escribía en 1081

ante el ejército hostil de Enrique IV. La justicia, para él significaba el orden de Dios en el mundo; es decir, que todas las cosas humanas, desde la más pequeña hasta la más grande, deben estar ordenadas según la voluntad y la ley de Dios y que el hombre ha sido plasmado, no según la forma del pecado, sino a imagen de Dios; "imago Dei quae est forma iustitiae" (Ph Jaffe. Bibl. Rerum Germ. t. II. Monum Gregor. pág. 534, Gregor. VII ad Lippandum a. 1075). Iluminado por conceptos tan elevados, Gregorio se coloca en el número de los precursores que despliegan libremente las fuerzas íntimas de la Iglesia para hacer que prevalezca en el mundo el plan de Dios. En esta empresa, que de manos de Gregorio VII recibe el empuje y ha de continuarse en los siglos sucesivos con acción cada día más concreta hasta el presente, el recuerdo de su Pontificado, que jamás palideció, fue siempre y es hoy una abierta e incomparable protesta contra la fuga vil de algunos ante responsabilidad que alcanza a todo fiel cristiano en toda el área de la vida pública.

De esta suerte, mientras las aspiraciones y propósitos de Gregorio VII nos revelan la extraordinaria claridad de su mente, sus obras nos dan la medida del vigor excepcional de su ánimo. El se atrevió a emprender la ingente lucha por la libertad de la Iglesia y el justo orden, no sólo sabiendo que desafiaba las reacciones violentas de los insultos inherentes a la naturaleza humana, sino teniendo conciencia, asimismo, de la resistencia que habrían de oponerle las tradiciones inveteradas y las circunstancias de hecho, que ya de tiempo atrás se habían convertido casi en derecho vigente. A este respecto parece oportuno notar también hoy que no corresponde a la verdad histórica el retrato de un Gregorio VII, como hombre temerario e inclinado a los contrastes y ávido de sembrarlos en su camino. Muy por el contrario, sufrió indeciblemente bajo el peso de su cargo y de su responsabilidad. No pocas de sus Cartas, que nos revelan con transparencia conmovedora el fondo de su alma, como, por ejemplo, la dirigida al abad Hugo de Cluny el 22 de enero de 1075 (eg. II, 49, Gaspar, op. cit., pág. 188-190), nos hacen como revivir los íntimos dramas de su espíritu, las luchas y las mortales tristezas que con frecuencia le angustiaban ante los males que le rodeaban por todas partes y ante los pasos que tenía que dar y las resoluciones que había de tomar. Ciertamente, no demostraría conocerle quien, como ya ha sucedido, se lo imaginase y lo describiese como un hombre duro e inaccesible; por el contrario estaba dispuesto y abierto a la mansedumbre, que quería reinase, siempre que se lo permitía su deber. En Canosa, donde le hubiera sido fácil abatir a su adversario Enrique IV, abandonado casi de todos y obligado a pedir gracia a sus pies, el gran Gregorio, en cambio, con un acto que fue prueba luminosa de su magnanimidad soberana, sacrificó las ventajas políticas que tenía en sus manos, en aras de su sentido de buen Pastor y de Sacerdote de Cristo. De este modo en Canosa resplandeció esa verdad: que en las circunstancias más arduas la Divina Providencia gobierna y guía con ayudas extraordinarias la obra del Vicario de Cristo y brilló también una grandeza: la sobrehumana de Gregorio VII. Ni siquiera es conforme a la verdad que pasase con ligereza por encima de usos antiguos o presuntos derechos; más aún, examinó con particular cuidado las tradiciones eclesiásticas, pero también dejó escritas memorables palabras: "Dominus non dixit: Ego sum consuetudo, sed: veritas". (Cartas a Wimundo, obispo de Aversa; Jaffe, op. cit. pág. 576, n. 50).

Estas consideraciones nos llevan a penetrar el secreto de su fuerza íntima. Sostuvo las luchas que le impuso el tiempo con una pureza de intención, que mayor no se puede concebir. Tuvo exclusivamente por mira la verdad y la voluntad de Dios. Hacer que prevaleciese sobre todo humano miramiento

el querer divino; he aquí la única norma de su actuación apenas fue elevado al Sumo Pontificado, como lo declaró en una Carta al Duque Godofredo el 6 de mayo de 1073: "Neque enim liberum nobis est alicuius personali gratia legem Dei postponere aut a tramite rectitudinis pro humano favore recedere". No tenemos libertad para posponer la ley de Dios al agrado personal de alguno, ni para apartarnos por humano favor de la senda de la rectitud (Reg. I. 9; Gaspar op. cit., pág. 15). A esta noble y santa consigna permaneció fiel hasta su último suspiro.

De su conciencia segura de ser él, en virtud de su Oficio, el defensor de la causa de Dios en la tierra, nacían aquella decisión y aquella fortaleza, con que se sostuvo inmutablemente firme en llevar adelante los fines propuestos, sin doblegarse ni comprometerse en los derechos esenciales, aun cuando, como en los últimos años, de su Pontificado, llovieran sobre él de todas partes adversidades y reveses. Dignas de su temple de alma y de su conducta de vida rectísima son ciertamente las palabras que Gregorio VII se dice pronunció, cuando desterrado yacía en el lecho de muerte ante los Cardenales y los Obispos allí presentes, que ensalzaba su obra: "Ego, fratres mei dilectissimi, nullo labores meos alicuius momenti facio, in hoc colummodo confidens, quod semper dilexi iustitiam et odio habui iniquitatem": Yo, Hermanos míos amadísimos, ni doy importancia a ninguna de mis obras; sólo confío en que siempre he amado la justicia y odiado la iniquidad (Greg. VII vita a Paulo Berniensi conscripta, n. 108; Watterich, Pont. Rom. vitae, t. I. Lipsiae 1862, pág. 538-539).

Pero, ya, la mayor objetividad que honra a los modernos estudios históricos ha disipado muchos prejuicios y reconocido la sinceridad de corazón y la firmeza más que humana de Hildebrando. Al presente su memoria va cobrando entre sus amigos, el respeto que concuerda con la excelsa figura de un Papa tan grande.

Con todo no quisiéramos despedirnos de vosotros, amados hijos, que ciertamente sois del número de los admiradores y devotos de S. Gregorio VII, sin indicaros alguna luminosa lección que él, alejado con distancia secular, pero presente con su ejemplo, os dá desde su glorioso sepulcro. La primera es la exhortación a la confianza en la divina intervención, siempre que se trata de la suerte de la Iglesia. Consta por repetidas experiencias cómo en las luchas que la Iglesia en el correr de los siglos ha afrontado, parece que en un principio sus adversarios obtuvieron clamorosas victorias y que sus defensores se vieron envueltos en las tormentas de las persecuciones y de los trabajos, para que no se atribuyesen a sí mismos y a fuerza de la humana prudencia sino a la virtud divina el triunfo final (cfr. Bianchi, Della potestà e della politica della Chiesa, Roma 1745, t. I, pág. 211-212).

Y así, no lo dudamos, darán buenos frutos vuestros sufrimientos, oh amados Obispos, sacerdotes, religiosos, seglares, en nuestros días, muertos, encarcelados, torturados, expulsados, por vuestra fidelidad a Cristo y a su Iglesia. No de otro modo la Providencia permitió que Gregorio VII terminase sus días en el destierro, humillado, con apariencia de vencido, en el derribamiento aparente de toda su obra. Mas no pasó mucho tiempo después de su muerte sin que él figurase como el verdadero vencedor en la lucha por la libertad de la Iglesia; viéronse deshechos los obstáculos y sus fines conseguidos y actuados a lo menos en sus líneas fundamentales.

Una segunda lección, que llamariamos con gusto el testamento de Gregorio VII a vosotros y a los cristianos de todos los tiempos, es su vida misma consagrada a la grandeza de la Iglesia, de cuyo perfeccionamiento intuyó que

pendía la salvación del mundo. Escuchad dócilmente la triple advertencia que con su hombre se os dirige: ¡Amad a la Iglesia! porque merece vuestro amor, por ser Esposa de Cristo y depositaria de los eternos tesoros. Vivid, todos unidos, sin divisiones ni discordias entre vosotros, en conformidad con la fe que profesáis, para que así el mundo conozca la santidad de la Iglesia, no sólo en la verdad de su doctrina y en las fuentes de gracia, que brotan de su seno, sino también en sus miembros vivos, que de ella reciben su perfección. ¡Prodigios por la salvación del mundo! Todo fiel cristiano no puede menos de sentir, a imitación del divino Redentor y Maestro, inmensa compasión hacia sus hermanos. Sed, pues, conscientes de vuestro deber de cooperar al mejoramiento de la sociedad humana según la ordenación de Dios y la ley de Cristo.

Finalmente, Gregorio VII nos da ejemplo de la inquebrantable confianza, en que debe cimentarse toda obra de salvación. El, esperó y trabajó, se puede decir, contra toda esperanza, sabiendo bien que su acción, emprendida en colaboración con Dios, jamás quedaría sin fruto. Tal vez podría también a vosotros sucederos en el campo del Señor, tener que acudir a su confortante ejemplo, para no abandonar desanimados el arado y proseguir con constancia invencible vuestro trabajo.

Con este augurio y encomendándoos a todos vosotros a la poderosa intercesión del grande y santo Pontífice os damos de todo corazón Nuestra Bendición Apostólica.

VII

A LOS FIELES DE BRETAÑA

Radiomensaje que el 26 de julio próximo pasado, el Sumo Pontífice dirigió a los fieles de Bretaña, que habían peregrinado al célebre santuario de Sainte Anne d'Auray, en ocasión de la fiesta de Santa Ana.

Dilectos Hijos e Hijas de Bretaña, peregrinos de Santa Ana d'Auray,

En el momento en que el veneradísimo y dignísimo Cardenal Arzobispo de Rennes se dispone a leer la fórmula de la consagración que renovará la entrega de vosotros, de vuestras familias y de vuestros enfermos, de vuestras escuelas y parroquias al Corazón Inmaculado de María, el Padre de todos los fieles vuelve su atención a este gran acto y viene a alentarlos y a bendecirlos. Si se Nos permite repetir las palabras que nuestro Santo Predecesor Pío X dirigió en 1906 al Cardenal Labouré, Nos en tan solemne circunstancia, quisiéramos deciros que en medio de las violencias de que la fe católica es objeto, de vosotros especialmente Nos esperamos la mejor parte de nuestra alegría.

Nos bien sabemos que la Bretaña fue siempre una tierra de María y quiere seguir siéndolo. Las pruebas de vuestra devoción a la Santísima Virgen son innumerables: ¡cuántas iglesias dedicadas a Ella en vuestra diócesis! ¡cuántas imágenes de la Virgen, coronadas, reciben todos los días, en los santuarios de vuestro país, el homenaje de vuestras oraciones! ¡Cuántos en vuestras familias, recibieron en el momento del Bautismo el nombre de María! ¡Oh, custodiad en vuestros corazones este nombre bendito de la Madre de Dios! ¡Honradla con vuestra piedad, honradla todavía más con vuestra vida!

Que la consagración solemne de hoy sea para vosotros un refugio contra las tentaciones, un motivo de confianza en la oración y un estímulo en la lucha de todos los días al servicio de Dios. Aquel que se consagra a María a Ella pertenece en modo especial. Se ha transformado en un santuario de la Santísima Virgen: la imagen de María lo ayuda a apartar con energía los malos pensamientos; el amor de María le da el valor de emprender grandes cosas, de vencer el respeto humano, de expulsar el egoísmo y de servir y obedecer pacientemente. Con la mirada fija interiormente en Ella, él aprende a amar la pureza, la humildad, la caridad que brilla en el alma de la Virgen; aprende a odiar el pecado, lo combate dentro de sí mismo y se opone a él con todas sus fuerzas. Cuando se ve a la Inmaculada aplastar con el pie la serpiente infernal, cuando contempla a la Madre de Dios levantar en sus brazos al Hijo divino, su voluntad no puede ya complacer en el mal sino que, por el contrario, se siente orgulloso de pertenecer a Jesús y a María y sabe también que María lo incita a hacer cuanto Jesús ordena o desea.

Colocaos, pues, con confianza, bajo el manto que Ella abre con sus brazos maternales para recibir a todos sus fieles; que todos los hijos de Bretaña se encuentren unidos bajo su patrocinio: que formen para Ella una corte y una guardia de honor mostrándose siempre y por doquier hijos dignos de tal Madre.

En vuestra historia abundan los ejemplos de la extraordinaria y fecundísima devoción a María. Nos limitaremos a citar tan sólo uno, sin duda el más notable, el de San Luis María Grignon de Monfort, que Nos tuvimos la buena dicha de elevar a los supremos honores de la Iglesia el 20 de julio de 1947. Al día siguiente, al recibir a los numerosos peregrinos bretones, vandeamos y de la ciudad de Poitiers llegados a Roma en aquella ocasión, Nos declaramos: "todos los Santos ciertamente, fueron grandes siervos de María y a Ella condujeron las almas: él (San Luis María) es indiscutiblemente uno de los que trabajaron más ardiente y más eficazmente para hacer que se la amase y que se la sirviera". Hoy, dirigiéndonos a todos aquellos que quieren hacer de su consagración al Corazón Inmaculado de María un acto importante y definitivo, Nos decimos: a imitación de San Luis María Grignon de Monfort y de todos los Santos bretones, haced amar y servir a María.

Lo cual ante todo supone que vosotros mismos practiquéis las virtudes de María: la delicadeza de su Corazón Inmaculado; el recogimiento y el espíritu de oración de que habla el Evangelio cuando en dos oportunidades (Lucas 2, 19; 2, 51) recuerda que Ella conservaba en su Corazón el recuerdo de las gracias de Dios y de los actos del Niño Jesús: el amor a Dios, humilde, ardiente y regocijado que resplandece en el Magnificat, el amor a los otros, igualmente a todos los otros, a sus padres, a los amigos, a todos los hombres esa caridad incomparable que la hace acudir al servicio de la prim. Isabel quien le anuncia su próxima maternidad, que la hace comprensiva al embarazo de los esposos cuando el vino llega a faltar en las bodas de Caná y que, por último, la une en modo tan doloroso y profundo a los sufrimientos de su Hijo divino por la salvación del género humano. Si, la Santísima Virgen, cuya condición fue tan humilde, de quien el Evangelio no cuenta más que pocas cosas y cuya vida fue casi toda llena de silencio, la Santa Virgen vió a Dios cumplir en Ella las cosas más grandes sin perder esa maravillosa modestia que tanta admiración provoca. Y, por ello queda como el modelo de todos los cristianos. Con el Salvador mismo Ella permanece escondida en Nazareth, unida a El en la dulzura y en la humildad, en el cumplimiento del deber cotidiano y de los trabajos domésticos, en la paciencia y en la oración.